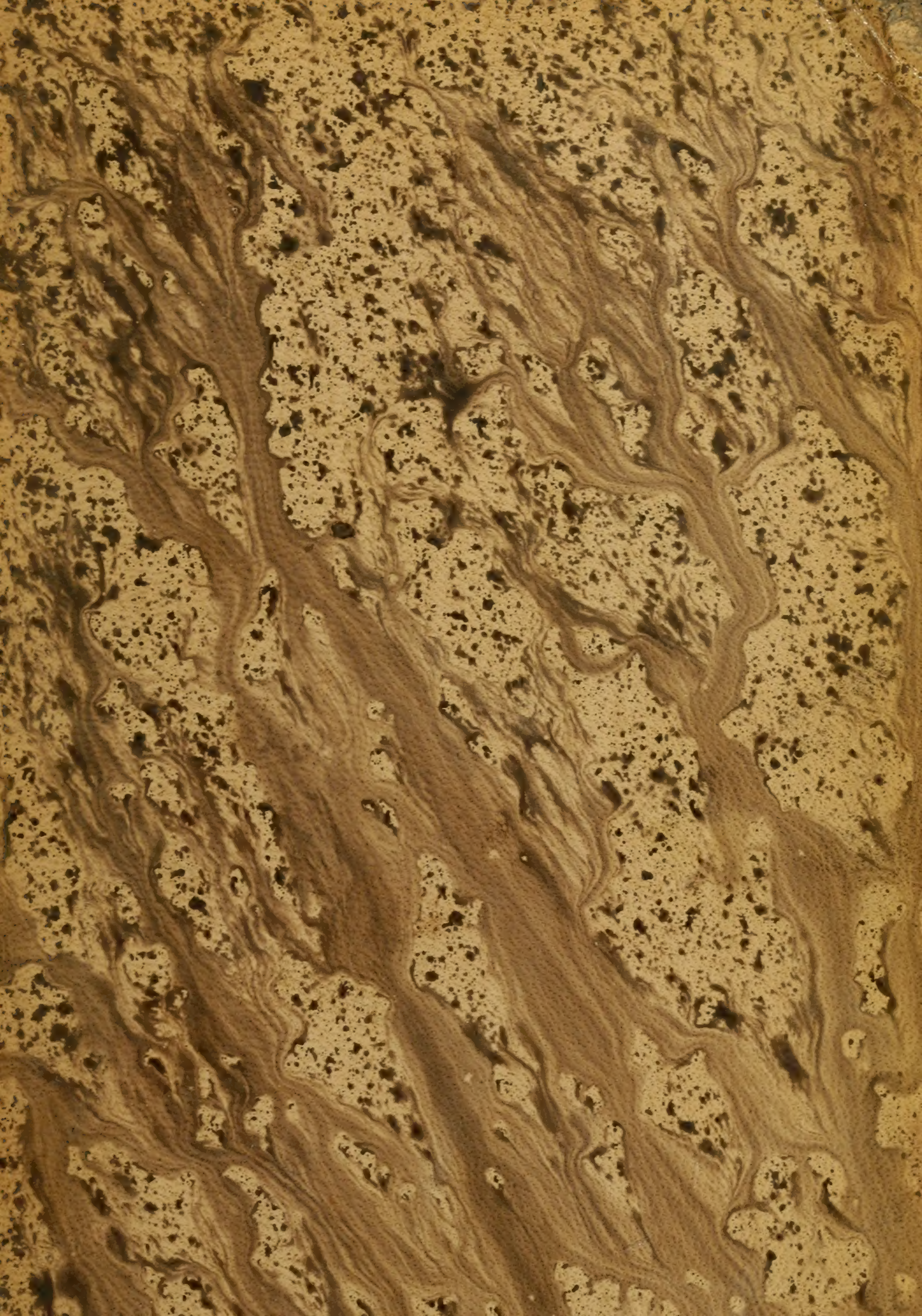
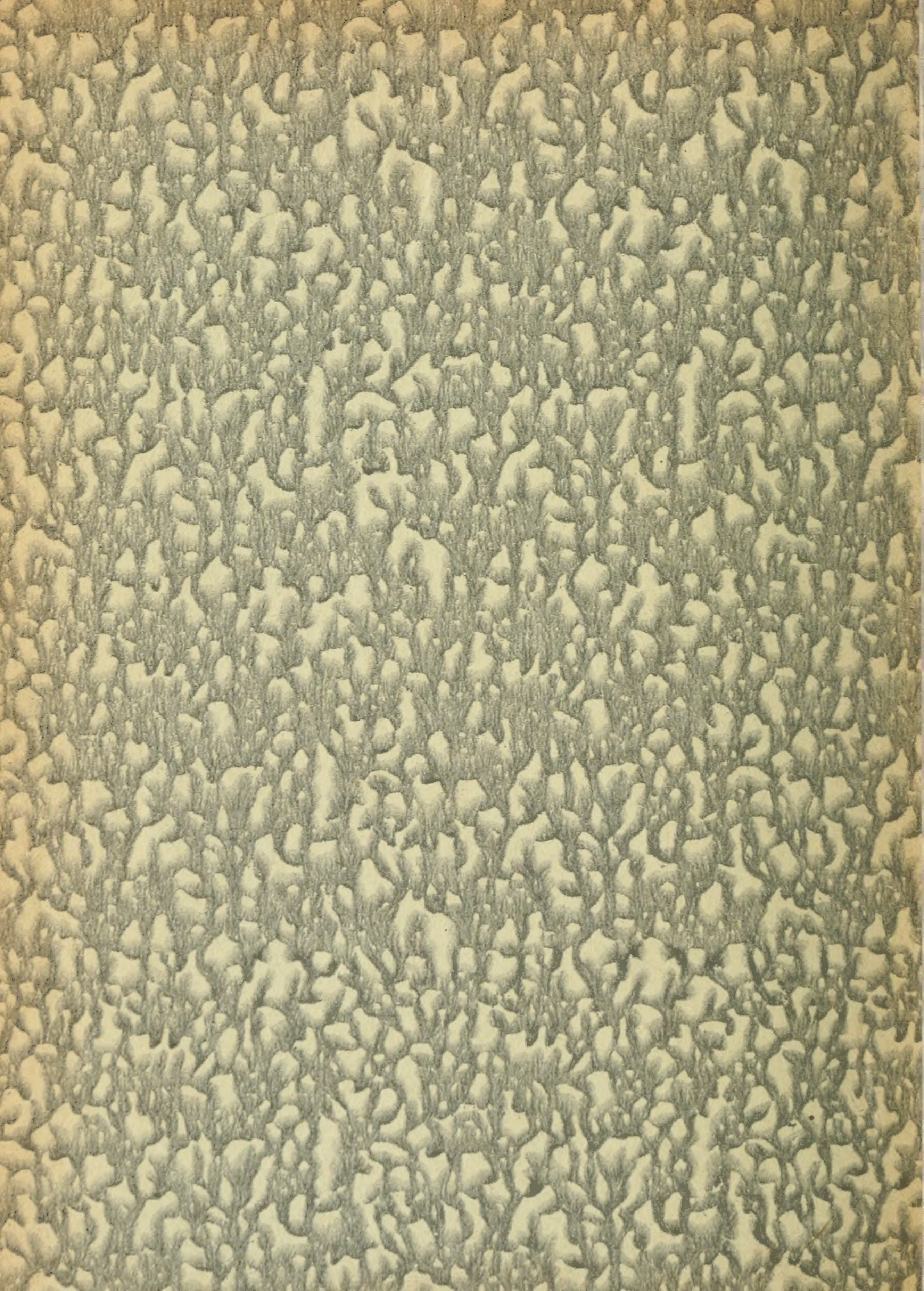
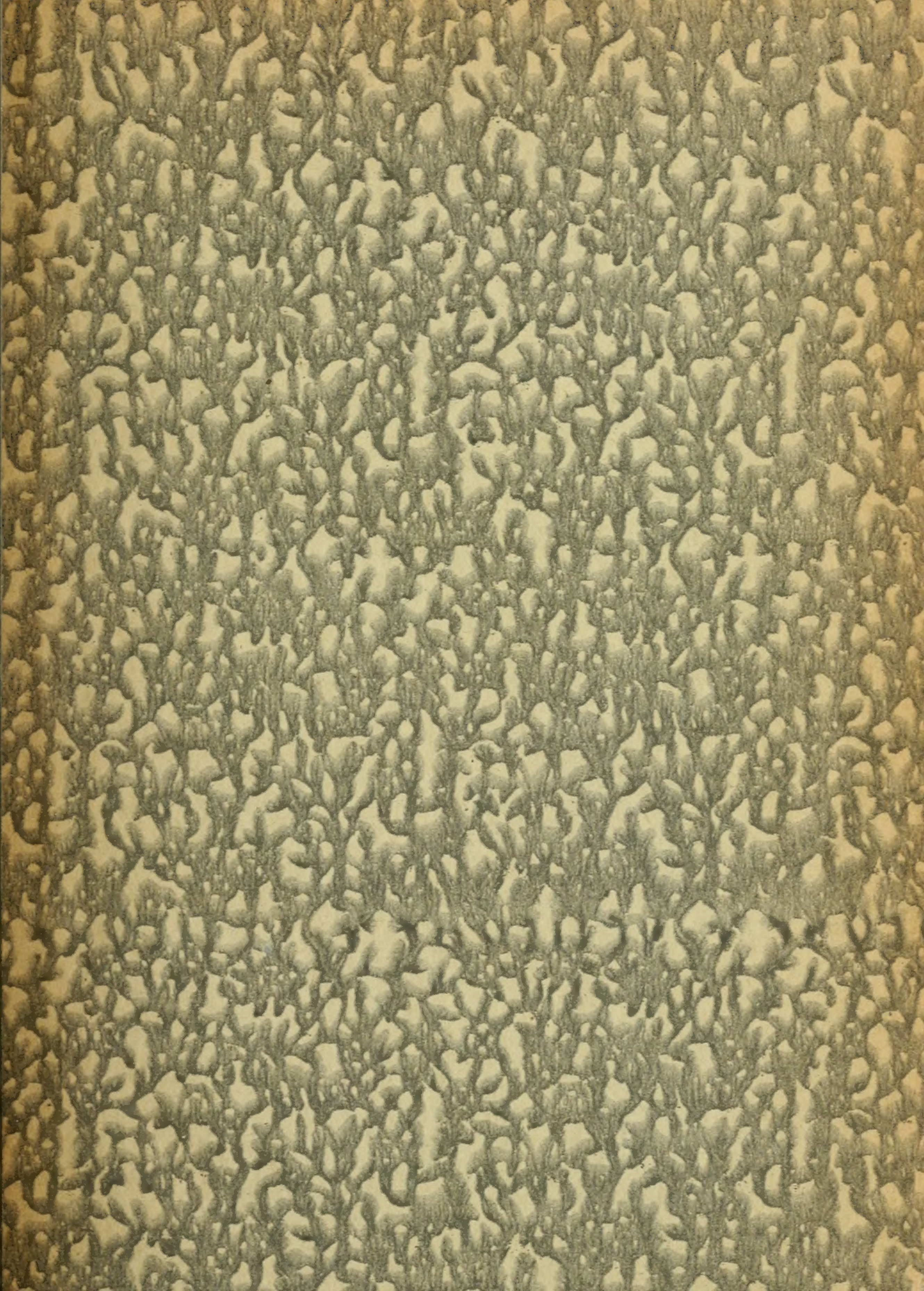






JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

INSTITUTO-ESCUELA DE 2.ª ENSEÑANZA

LECTURAS

ENSAYOS

SELECCIÓN DE ALFONSO REYES

MADRID, 1920



MANUEL JOSÉ QUINTANA
(1772-1857)

DE HUERTA Y LA GUERRA LITERARIA

Cuando, antes de terminar sus estudios, la amistad y la protección de uno de nuestros próceres le trajeron a Madrid, eran tan pocos los versos que se escribían, que los de Huerta, aunque escasos de jugo y de colorido, debieron darle un gran lugar y hacerle aspirar a la primacía. Joven, bizarro y agraciado, protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte, arrogante por carácter y vano por circunstancias, pudo con alguna disculpa considerarse el primero de los hijos de Apolo, y pudiera acaso haberlo realmente sido, a igualar sus estudios con su talento. Pero las fáciles palmas que entonces conseguía le llenaron de orgullo y de seguridad, y en vez de redoblar en esfuerzos y en afán para adelantarse hacia la perfección, veíasele siempre firme en los principios de su mal gusto, y por ignorancia, por tesón o por pereza, tener cada novedad por un error y por flaqueza el reconocimiento de la superioridad ajena, extraña o nacional. La adversidad vino a pro-

barle con un acontecimiento que ha llegado a nosotros con caracteres bien tristes, aunque oscuros, y de cuyas resultas fué arrojado de Madrid y confiado a la plaza de Orán. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevación de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Pero como en Orán no hubiese quien le igualase en talento ni en destreza, ni quien le inspirase tampoco mejor gusto y más saber, sus versos, aunque en algún modo africanos, eran reputados por divinos, y contribuían poderosamente a mantenerle en su ciega confianza.

Vuelto a Madrid, aquella desgracia, que sin duda añadió algún lustre a su talento y celebridad a su nombre, parecía haber aumentado también el temple de su carácter tenaz, fuerte y altanero. El desdeñó restablecerse en el empleo que antes ocupaba, porque las gestiones que para ello le era forzoso hacer le parecían opuestas al decoro de su inocencia y al resentimiento de su agravio. Su porte con los que le habían favorecido en su peligro era agradecido y consecuente; con sus enemigos, inflexible; con los indiferentes, desabrido y arrogante. Pero esta conducta, que en el mundo moral podía y debía hacerle honor, usada también por él en el mundo literario, no era posible que dejase de atraerle un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Sus palabras eran soberbias; sus pretensiones, insensatas: él se creía siempre el primero, y no veía o no quería ver el camino que habían hecho y estaban haciendo los demás. La invasión del gusto francés en nuestras letras estaba en su mayor fuerza a la sazón. Ya el festivo y natural Samaniego

había trasladado al apólogo castellano una parte de las bellezas del sin igual La Fontaine; Iriarte había publicado sus *Fábulas literarias,* su *Arte poética de Horacio,* y su poema de la *Música.* Forner empezaba a mostrar su talento y carácter belicoso con la sátira que le premió la Academia Española, en que atacaba los vicios de la poesía castellana con armas que parecían tomadas, aunque realmente así no fuese, en los arsenales de la crítica extranjera. Este origen era todavía más visible en la *Lección poética* de don Leandro Moratín, que también premió entonces la Academia. Jovellanos había escrito su *Delincuente honrado;* otros ciento se ejercitaban al mismo tiempo en imitar y traducir tragedias y comedias francesas, aunque sin tanto talento ni fortuna. La avenida amagaba, sobre todo, inundar sin remedio la escena española, que se dejaba ocupar de tantas composiciones extrañas a su gusto y a su carácter, y los padres de nuestra comedia parecían amenazados de tener que salir de ella, y dejar su lugar y reputación sacrificados en las aras de los dramaturgos franceses. Yo indico solamente el hecho sin entrar a calificar la parte que en él tenían la moda y el capricho, y la que también cabía al buen gusto y a la razón: esto pertenece a otro lugar. Pero Huerta se indignó de que unos escritores, a quienes en su orgullo consideraba como pigmeos, se atreviesen a competir con su reputación, a darle lecciones y a censurar los autores que habían sido siempre objetos de su veneración y de su culto. Constituyóse, pues, en campeón de la antigua poesía castellana, y empezó a arrojar sobre aquellos follones traspirenaicos, que así los llamaba, todos los sarcasmos,

dicterios y bravatas que su ira, su arrogancia y el desprecio que tenía por ellos le sugerían. Mas como no sabía lo bastante para encontrar los verdaderos medios de defensa que presentaba su causa, nunca acertó a distinguir, en los autores y sistema poético que defendía, las bellezas de los defectos, las licencias indispensables y precisas de los despropósitos y abusos repugnantes y bajo ninguna posición defendibles. Veíase en sus esfuerzos más orgullo que doctrina y menos celo que capricho y terquedad. Todo lo defendía igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absurdas, expuestas en un estilo chocante por su presunción, poco recomendable por su mérito y hasta extravagante por su ortografía.

Si sus fuerzas le ayudaban poco, el tiempo le favorecía menos. El viento de la opinión estaba enteramente en contra suya; y sus adversarios, más jóvenes, más instruídos y más diestros en aquel género de esgrima, le volvían desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reían de su vanidad, hacían ver su poca instrucción y se burlaban de él como de un ignorante o de un loco. Llovían en daño suyo los folletos, las sátiras y los epigramas de autores conocidos y desconocidos, y todos creían vengar la razón y el buen gusto de los atentados de aquel jayán temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hacia las fuentes de instrucción y de crítica en que ellos tan religiosamente bebían. No se estimaba por bueno el que no rompía en él una lanza, y podíase entonces decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.* Hasta el insigne Jovellanos no creyó desautorizar su carácter

y sus estudios entrando en la palestra, y le asestó dos romances burlescos a modo de jácaras de ciegos, en que hizo burla de sus escritos, de sus pretensiones y de sus combates. El campo quedó por ellos, y Huerta, que terminó sus trabajos por una traducción de la *Zayra* (*), plegaba la frente, al parecer, al gusto y opinión contra la cual tan largo tiempo y con tanto tesón había combatido.

....

(*) De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,
aquí Huerta el audaz descanso goza;
deja un puesto vacante en el Parnaso,
y una jaula vacía en Zaragoza.

(IRIARTE.)

SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN
(1799-1867)

GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAPA

....

—La capa es la concha del hombre, el arrimo del pobre, la medicina del menesteroso, el sánalotodo del enfermo, la guiropa del hambriento, el palacio del sabio, la estufa en el invierno, la garapiñera en agosto, y, en una palabra, la carne y pulpa del hueso que se llama hombre, y el tuétano del hombre, que aquí, hablando en poridad, es un purísimo, durísimo y malditísimo hueso.

—Capita, Capita —le dije interrumpiéndole—; no te me vayas por esos trigos de Dios; amaina, amaina de tu taravilla, y cíñete a lo que es justo y razonable. No queremos filosofías ni sutilezas, y sí sólo deprender de ti las posturas, aposturas y composturas que tiene la capa.

—Pues ahí voy derecho como saeta —repuso nuestro catedrático—; pero tratándose de una materia tan alta y ardua, tan peregrina y extraña, puesto que no sé haberse escrito de ella tratado ni manual alguno, no ha sido fuera de propósito, antes de entrarme en harina, encabezar mi relación con algo de introito y de añtezaguán; pero

puesto que tales preliminares no petan ni parecen bien, allá los echo, y entro en materia. La capa, después de la hoja de la higuera, es la primera de la vestimenta humana, y por lo mismo, siempre que los pintores y escultores representan al Eterno asomado por cima de la bola batahola que llamamos mundo, nos le pintan con una capa pasada por los hombros. Después, cuando Noé se embriagó, la capa de su hijo...

—Capita, hijo —le volví a decir—, deja esas erudiciones que a ti no sientan bien, y redúcete a representarnos aquí las lindezas, golpes, embozos y donaires de tu capa por el mejor modo que tú sepas, y nada más.

—Pues a eso voy —respondió—. Y dejando aparte estas honduras, diré —prosiguió mi paralisdero— que la española es la legítima heredera por línea recta y de varón en varón de la capa venerable de los profetas y de los filósofos antiguos, traída, sin embargo, al uso común de la vida, según los tiempos y las circunstancias, sin afectación ni mojigatería. Al llegar aquí me opongo y protesto contra todo el que prevenga, sostenga y mantenga que la capa puede confundirse y tener paridad con el ferreruelo, el gabán, el capimonte, el albornoz y el manteo. Nada de eso; no, señores; cada una de tales prendas y vestiduras podrán tener sus excelencias y virtudes, y otros escritores, pues escritores hay para todo, pueden ocuparse de esas lucubraciones, y que el diablo sea sordo; que en cuanto a mí, sólo me propongo explicar, enseñar, pintar y definir las galas, perfecciones, maravillas y portentos de la capa española, conservada en toda su pureza y esplendor en la

ancha, rica, fértil, valiente, creadora, sustanciosa, arrogante y poderosa Andalucía, madre, maestra y señora nuestra.

Y al decir esto Capita, bajó la cabeza con cierta veneración y recogimiento. Después añadió:

—Y la capa, para ser capa, no debe llegar a los tobillos, ni quedarse por sombrero de los muslos, que el alargarse allá es achaque de hábito, y el quedarse por aquí es cosa de tacañería y prenda rabicortona; ni debe exceder de siete varas, ni recortarse hasta las cinco de paño, que aquello es embarazoso y de estorbo, y esto es perder la prosapia de capa y trasladarse a la estructura de mal capote. La capa, pues, para que obedezca hasta en sus mínimas y semínimas los pensamientos de quien traerla sabe, cual suele suceder al jinete con los caballos bien arrendados y embocados, debe estar muy hecha y ser algo manida; quiere decir, que su amo la ha de conocer por tacto, uso y costumbre de tiempo atrás; ha de ser cosa llevada y traída lo menos por seis meses, y que haya dejado el husmo y lustre de la tienda, que es como si dijéramos perder el pelo de la dehesa; y, en una palabra, debe haber pasado a ser mesmamente el tegumento y el pellejillo de la persona. En tal aliño y con tal son, ya la capa está acorde y a punto de cualquier mandar y *volunto* del hombre. Por ejemplo: aqui se ve la mía, que no me dejará mentir.

Y dando gentil salto Capita hacia el rincón del aposento, nos mostró con cierto aire de vanidad su capa, teniéndola primorosamente tomada por el cuello, levantando el brazo y aupándose después para que no besase el suelo.

La capa, en efecto, sin ser inválida, bien pudierá tenerse y jactarse de muy veterana. De pardomonte de Grazalema, mostraba paño entrefino y treinteño y de a tres por púa; y muy suelta de haz y de envés, pregonaba a voces que era dúctil y muy fácil para ceñirse al cuerpo, adecuada en el emboce, y pintiparada para los pliegues y despliegues. Después del alarde y muestra que de su alhaja hizo Capita, dió una media vuelta, y la capa, como por encanto, vino a posarse suavemente sobre sus hombros, no de otro modo que el cimbel que anda revolando viene a reposarse en la pértiga, su habitual morada, cuando a ella siente llamarse por la mano amiga. Capita, sintiéndose ya bañado por su talar vestidura, prosiguió delirando así:

—Heme aquí, señores, con el manto real de armiños de todo hombre honrado. La capa apenas se muerde los hombros, y sin embargo se cuenta allí tan segura como si se sujetase con dos escarpias; y vean qué gentil escarceo armo con los pies (y era verdad que lo armaba), y observen qué desenfado en los movimientos (y no engañaba en lo que relataba), y atiendan qué devanar de brazo (y era muy cierto que los movía como molinos de viento); y miren siempre cómo, a pesar de mi danzar de cuerpo, esgrimir de pies y bullicios de brazos, me sigue siempre la capa, como la sombra al cuerpo, como el cuestor al contribuyente y como la cola al pájaro que vuela, sin desampararlo nunca. Si a la distancia de cincuenta pasos; si desde el tercer piso de cualquiera casa me disparan un trabucazo de siete varas de paño, es decir, me escupen a la cara, con la capa mía no tengo más que perfilar este movimiento (y hacía un quiebro y desguince inexplica-

ble), y *¡zas!*, sin mirar más en ello, viene la capa a abrazarse amorosamente conmigo, como si fuese mi segunda mitad. Así, pues—y sirva de voz de atención—, esta es la posición natural de la capa.

Y diciendo esto, requería el cuello con ambos los pulgares de las dos manos, y daba al cuerpo cierto aire galán y desembarazado.

....

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS
(EL CURIOSO PARLANTE)
(1803-1882)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa obscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mujeres presta en España a las reuniones públicas un aspecto sombrío y monotono insoportable a su vista, acostumbrada a mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto, preciso será darles la razón, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaría de sorprenderse al ver la notable revolución que de pocos años a esta parte ha verificado la moda en el atavío de las damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya, ni por asomo, el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido a modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en

ciertos límites, dejan hoy más vuelo, más movimiento a la fantasía; en esto, como en otras cosas, se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible que hace ceder las leyes y los usos más graves, apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podría oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es, sin duda, por esta razón por la que, convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es a saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella: huyeron los preceptos dictados a la fantasía; cada cual pudo crearlos a su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos; el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligación social; en el día es más bien una idea animada, una expresión del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicación de los colores a las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinación de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresión del alma, aquella parte animada que podremos llamar la *poesía del traje?* Y siendo éste libre, como lo es en el día, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así, los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquete-

ría, las plumas; el orgullo, los diamantes, y la frivolidad y tontería... pero ¿qué escogerá la tontería que luego no se dé a conocer?

Semejante observación no podía tener en lo antiguo exactitud; pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados a su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquítica y colosal se doblegaban bajo las mismas formas; la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca; la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle a la obesidad; el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo, y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decían a la del color de ébano.

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente a la persona que le llevaba? ¿Qué quería decir una joven fría y sin gracia vestida de andaluza? ¿Qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnición de su vestido? Nada, absolutamente nada; sólo que era moda; que la modista o el sastre lo querían; el traje no era más que la expresión: el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la elección; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta pretender reducirlas a precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya, respecto al gusto, preferencia alguna sobre los demás: la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado y díctense después reglas fijas e invariables: telas de

todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones han sustituído a la inveterada capa masculina, a la antigua basquiña femenil; y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad y españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es, sin duda, la sustitución del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad a nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera.—El sombrero era un adorno puramente de corte: como los uniformes y las grandes cruces, *imprimía carácter:* no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente a una señora *de coche;* y si tal vez se atrevía a pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante o la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero, y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel o en los baños de Sacedón.—Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que ya es miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado o hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan a las

viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas por el terciopelo, aquéllas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡Profunda y dificilísima cuestión!

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO)
(1809-1837)

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas o carreras,* no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etcétera, etc., y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no puede sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños

oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias a la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre a la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedos o zapatillas de orillo, en julio venden horchata; en verano son bañeros del Manzanares; en invierno, cafeteros ambulantes: los que venden agua en agosto, vendían en Carnaval caretas y garbanzos de pega, y en Navidades, motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institución de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción a los demás, es decir el oficio de examen, y el más fácil: quiero hablar de la candela. Una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar a cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención a lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían a una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión: a la luz de la filosofía, debían tener cierto valor; cuando el mundo es todo

vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos sólo daban humo por dinero. Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicárselo a sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto a los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la justicia, y cuya profesión es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo;* el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*: capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste para canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre a la madrugada, y aun más comúnmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también a la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así a los portales de Madrid, siquiera por figura retórica y en atención a que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita: repáresela de noche: indudablemente ve

como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto a muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve y encuentra; y entonces, por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera, por tanto, con otra educación, sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña... Y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene a llamar a todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita a la meditación, a la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar a la trapera con la muerte: en ella vienen a nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen a ser iguales, como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí, como en un cementerio, vienen a colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda; allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A.***; allí se codean Calderón y C.***; allá van jun-

tos Moratín y B.***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.* Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡De cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡De cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la efusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio y la Estrella, la Revista y la Abeja,* las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del Conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó a la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza; como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió, en sus altos juicios, a la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

....

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo.*

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba, fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes); dos tablas unidas componen su recinto: una mala ban-

queta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *ménage*, el cajón de las lesnas a un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente y cuelga con cuidado a la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera, al verla, creería que quiere decir: *Aquí se estropean botas.*"

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse a sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente; la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero a lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra a la casa como un alga a las rocas; es tan inherente a ella como un balcón o una puerta; pero se parece a la yedra y a la mujer, abraza para destruír. Es la víbora abrigada en el pecho: es el ratón dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora a que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola o acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla o alguna

puerta con tiento, cuando sube tal o cual caballero; ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo,* el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos a toda criada que sale y entra, y se granjea, por tanto, su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado o criada que va a un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y a qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va a la plaza en persona, no porque no tenga criada sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nada se escapa. Para darle más extensión, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta;* es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama a la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa a lavar, a coser, a planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reúnen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él, sobre cualquier friolera, le pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación: los artesanos en general no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún día entre semana, las Pascuas, los días de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube a la cabeza, en el zapatero de viejo se sube a las espaldas de la mujer: es decir, que se trasiega.

....

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar a nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más; la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, a cuarto la pieza; la mercadera de *torrados* de la Ronda; el de los *tirantes y navajas;* el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina; los comparsas del teatro, condenados eternamente a representar, por dos reales barba, un pueblo numeroso entre seis o siete; el infinito *corbatines y almohadillas,* que está en todos los cafés a un mismo tiempo, siempre en aquel en que usted está y vaya usted al que quiera; el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera y del aire libre hace tienda; esa multitud de *corredores de usura,* que viven de llevar a empeñar y desempeñar; esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramien-

tos en otra, se van dando días y enhorabuenas a gentes que no conocen; esa muchedumbre de maestros de lenguas a 30 reales y retratistas a 70 reales; todos los habitantes y revendedores del Rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades,* como las llama Quevedo... Pero, no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto a costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningún *oficio* reconozco *más menudo,* y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir* que el de escribir para el público y hacer versos para la gloria. Más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo a usted le componen cien personas. Y con respecto a la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

JUAN DONOSO CORTÉS
(1809-1853)

DISCURSO ACADÉMICO SOBRE LA BIBLIA

....

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella de Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; no hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje.

Y para hablar de nuestra triste España, ¿quién enseñó al maestro fray Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponía espanto en la conciencia de los pecadores y otras levantaba hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es, y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página, el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con

el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó a los mundos, como la primera aurora que se levantó en el cielo, como la primera flor que brotó en los campos, como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres, como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza, como el último rayo de luz, como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio vense pasar, unas en pos de otras, a la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas, las repúblicas con sus magistrados, las monarquías con sus reyes y los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación, Nínive con su pompa, Menfis con su sacerdocio, Jerusalén con sus profetas y su templo, Atenas con sus artes y con sus héroes, Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan o se predicen todas las catástrofes, y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá a gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá a lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes?

¿Quién será lúgubre y sombrío como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba a los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá a cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos a los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delgado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído a las suavísimas consonancias y a los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; o con el arpa de Salomón, el Rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad a la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica

del patriarcado, cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

....

JUAN BAUTISTA ALBERDI
(ARGENTINO)

(1810-1884)

COMPLICIDAD Y RESPONSABILIDAD DEL CRIMEN DE LA GUERRA

La guerra ha sida hecha casi siempre por procuración. Sus verdaderos y únicos autores, que han sido los jefes de las naciones, se han hecho representar en la tarea poco agradable de pelear y morir (1); cuando han asistido a las batallas lo han hecho con todas las precauciones posibles para no exponerse a morir. Más bien han asistido para hacer

---

(1) La prueba de esto es que nadie va a la guerra por gusto. El soldado va por fuerza. ¿Qué es la conscripción, si no? Y donde la conscripción del Estado falta, existe la conscripción de la necesidad, la pobreza que "fuerza al voluntario".

El día que la contribución de sangre se vote por el pueblo pobre, que la paga, su presupuesto de efusión, es decir, la guerra, será más rara. Pero votar su contribución es ser libre. A medida que los pueblos se pertenezcan a sí mismos, es decir, se gobiernen por sí, sean libres, irán menos a la guerra. Ejemplos: Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, etc.

pelear que para pelear. Todos saben cuál es el lugar del generalísimo en las batallas. Por eso es tan raro que muera uno de ellos. Las guerras serían menos frecuentes si los que las hacen tuvieran que exponer su vida a sus resultas sangrientas. La irresponsabilidad directa y física es lo que las multiplica.

Pues bien: un medio simple de prevenir, cuando menos, su frecuencia, sería el de distribuír la responsabilidad moral de su perpetración entre los que la decretan y los que la ejecutan. Si la guerra es un crimen, el primer culpable de ese crimen es el soberano que la emprende. Y de todos los actores de que la guerra se compone, debe ser culpable, en recta administración de justicia internacional, el que la manda hacer. Si esos actos son el homicidio, el incendio, el saqueo, el despojo, los jefes de las naciones en guerra deben ser declarados, cuando la guerra es reconocida como injusta, como verdaderos asesinos, incendiarios, ladrones, expoliadores, etc.; y si sus ejércitos los ponen al abrigo de todo castigo popular, nada debe abrigarlos contra el castigo de opinión infligido por la voz de la conciencia pública indignada y por los fallos de la historia, fundados en la moral única y sola, que regla todos los actos de la vida sin admitir dos especies de moral, una para los reyes, otra para los hombres; una que condena al asesino de un hombre y otra que absuelve el asesinato cuando la víctima, en vez de ser un hombre, es un millón de hombres.

La sanción del crimen de la guerra deja de existir para sus verdaderos autores por causa de esta distinción falaz que todo lo pierde en materia de justicia.

La guerra se purificaría de mil prácticas que son el baldón de la humanidad, si el que la manda hacer fuese sujeto a los principios comunes de la complicidad, y hecho responsable de cada infamia, en el mismo grado que su perpetrador inmediato y subalterno (1).

---

(1) Ved. Grocio, lib. III, cap. X: *De la Paz y de la Guerra.*

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(ARGENTINO)

(1811-1888)

ASPECTO FÍSICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, Y CARACTERES, HÁBITOS E IDEAS QUE ENGENDRA

L'etendue des pampas est si prodigieuse, qu'au nord elles sont bornées par des bosquets de palmiers, et au midi, par des neiges éternelles.

HEAD.

El continente americano termina al Sur de una punta en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al Oeste y a corta distancia del Pacífico se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al Oriente de aquella cadena de montañas y al Occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en la que aún se derrama sangre por denominarlo República Ar-

gentina o Confederación Argentina. Al Norte están el Paraguay y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extensión de país que está en sus extremos es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al Sur y al Norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hierro, sobre los ganados que pacen en los campos y en las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego vuelve maquinalmente la vista hacia el Sur al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede sorprenderla, desapercibida, de un momento a otro.

Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inme-

diato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás.

Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país, privilegiado en dones y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al Norte, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamáramos inauditas si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva a merced de algún río que la favorece; hasta que al fin, al Sur, triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imagen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tie-

rra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente.

Pudiera señalarse como un rasgo notable de la fisonomía de este país la aglomeración de ríos navegables que al Este se dan cita de todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata y presentar dignamente su estupendo tributo al Océano, que lo recibe en sus flancos no sin muestras visibles de turbación y respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la Naturaleza, no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales. El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país detesta la navegación y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y lo endilga nadando a algún islote que se divisa a lo lejos; arriba a él, descansan caballo y caballero, y de islote en islote se completa al fin la travesía.

De este modo, el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo, el gaucho argentino lo desdeña, viendo en él más bien un obstáculo opuesto a sus movimientos, que el medio más poderoso de facilitarlos; de este modo la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la felicidad remotísima del Egipto, lo que engrandeció a la Holanda y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norte-América, la navegación de los ríos o la canalización, es un elemento muerto, inexplotado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay. Desde el Plata remontan aguas arriba algunas navecillas tripuladas por italianos y carcamanes; pero el movi-

miento sube unas cuantas leguas y cesa casi de todo punto. No fué dado a los españoles el instinto de la navegación que poseen en tan alto grado los sajones del Norte. Otro espíritu se necesita que agite esas arterias en que hoy se estragan los fluidos vivificantes de una nación. De todos esos ríos, que debieran llevar la civilización, el poder y la riqueza hasta profundidades más recónditas del continente, y hacer de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy, otros tantos pueblos nadando en riquezas y rebosando población y cultura, sólo uno hay que es fecundo en beneficios para los que moran en sus riberas: el Plata, que los resume a todos juntos.

En su embocadura están situadas dos ciudades: Montevideo y Buenos Aires, cosechando hoy alternativamente las ventajas de su envidiable posición. Buenos Aires está llamada a ser un día la ciudad más gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella, y si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevarla siempre.

....

CONCEPCIÓN ARENAL
(1820-1893)

CARTAS A UN SEÑOR

....

La *menor* responsabilidad que cabe al pobre de las injusticias sociales, y el *mayor* perjuicio que de ellas le resulta, es un hecho grave, muy grave, y que debe hacernos pensar. Cuando las masas se agitan o se desploman, suele tomarse acta de sus desmanes y de sus absurdas exigencias, haciendo caso omiso de la parte de justicia que suele ir envuelta en el error que vociferan. Es raro que en el fondo falte alguna razón a las colectividades *numerosas* que con *insistencia* se quejan, y es injusto y arriesgado no atender a ella, porque no está claramente formulada, porque sea desagradable o porque aparezca envuelta en las nubes de la pasión.

Otro hecho muy grave es que en una época en que se encarece el poder de la *idea*, las situaciones son y van siendo cada vez más de *fuerza*. A una persona buena e inteligente, pero contaminada con las preocupaciones de su clase, se le hablaba un día de fundar una Revista con el objeto de combatir peligrosos errores. "Tratándose de *revistas*, con-

testó, estoy por una de *treinta mil guardias civiles.*" La respuesta pareció chusca, y el argumento, concluyente. Comprendo que la fuerza de ahora es muy propia para fascinar a los que la emplean, y que deben parecerles irresistibles esas máquinas de guerra que destruyen tanto en tan poco tiempo y de tan lejos. Pero es grave error imaginar que puede haber poder robusto sin elementos morales e intelectuales, y los que tienen principalmente tres grandes principios, que son la infantería, la caballería y la artillería, al descansar sobre ellos, se duermen al borde del abismo, o bajo el árbol cuya sombra mata. Los diques de la fuerza bruta es preciso levantarlos más y más, e inevitable que alguna vez se rompan: entonces el estrago está en proporción de la altura que tenían.

Las masas van dejando de ser *pasivas;* va desapareciendo en ellas el abatimiento de la debilidad y la dócil resignación que las hacía maleables. El hecho es general, evidente, por todos reconocido; pero se le mira sin analizarle bastante, ni tomar las lecciones que en sí encierra. La *intimidación* no puede ser base estable de sociedad alguna, y menos de las sociedades modernas: los lazos no pueden sustituírse con frenos, ni las afinidades armónicas con rodillos compresores, que trituran, pero no combinan. Horas hay malhadadas, por culpa y desdicha de todos, en que la violencia provoca horribles represalias; pero el cuchillo de la amputación no debe mirarse como un emblema de salud; y el terror rojo o blanco, con el color de la sangre o de la muerte, no puede ser para ninguna sociedad elemento de vida. Hay que prestar fuerza a la ra-

zón, pero también es preciso dar razón a la fuerza, y si se aplicaran a realizar la justicia los medios que se emplean en suplirla, con muchas iniquidades habrían desaparecido muchos peligros y muchos dolores.

Otra ilusión del poder es dar sobrado valor al número cuando se sabe la imposibilidad de contar los votos, y la imprudencia de no pesarlos. En vez de llamar a discutir, se grita a votar, se carga con las mayorías como con regimientos de dragones; la verdad que da acuchillada, y quedaría muerta si no fuera inmortal.

Los pobres españoles, en su inmensa mayoría, aún se resignan con su triste condición; aún obedecen a ideas sanas cuando se rebelan y triunfan de la autoridad; todavía han respetado las propiedades y las personas esas turbas en armas que impunemente podían atropellarlo todo teniendo su voluntad por única ley. Usted, caballero, yo, todos hemos visto las masas hambrientas, haraposas, armadas omnipotentes, hacer centinela en las casas de los ricos, sin robarlos, sin amenazarlos, sin insultarlos siquiera. Todos hemos visto espumar la plebe, armar las heces que en la ebullición habían subido a la superficie, y no durar más que un momento aquella ignominia y aquel peligro, y desvanecerse la emanación pestilencial al soplo y noble aliento de un pueblo honrado. Debo hacer notar a usted, aunque sea de pasada, que si en ciertas situaciones se han *soltado* fieras, fué porque en otras se habrían *criado*: la responsabilidad de los estragos es común al que propaga el animal dañino y al que abre la jaula: toda jaula, por fuerte que sea, se rompe al-

guna vez, o se deja abierta de propósito o por descuido.

No comprendo cómo los señores no se han admirado, y no se admiran aún, de ver cómo fueron tratados por los pobres cuando han estado a merced de ellos. Los pobres, ciertamente, no hicieron más de lo que debían, pero haciéndolo probaron que hay en la gran mayoría de ellos recta conciencia, y que su corazón no se halla depravado por el aborrecimiento a las clases acomodadas. Estas deben congratularse de tan dichosa circunstancia, que hace posible y relativamente fácil la aproximación, y el evitar, con la armonía de la fraternidad, los choques de la envidia rencorosa.

Pero no es prudente la confianza en sentimientos que pueden variar, que es probable que varíen; ni debe esperarse que dejen de cundir males de naturaleza contagiosa, si no se les procura remedio. Los pobres españoles, en general, no aborrecen todavía a los señores, pero los aborrecerán si éstos no se hacen amar de ellos; y después del día del *odio* vendrá el día de la *ira*.

No quiero hacer a usted, caballero, un cuadro horripilante del porvenir; creo más en la providencia de Dios que en la eficacia del miedo para perfeccionar a los de arriba y a los de abajo. Si la tempestad que amenaza se conjura, no será por los que calculan y temen, sino por los que cumplen con su deber y por los que aman.

FRANCISCO PI Y MARGALL
(1823?-1901)

ESTUDIOS SOBRE LA EDAD MEDIA

....

Nada, absolutamente nada, presenta en la Edad Media un carácter franco y decidido. Todo se presenta doble, tenebroso, incomprensible para el que no lo examina a la luz de la filosofía. No sólo la religión y la política, hasta las costumbres tienen en ella su anverso y su reverso. Dulces y poéticas unas, fieras y salvajes otras, son el reflejo del estado incoherente en que la sociedad vive. Abandona el joven caballero su corte o su castillo, y parte a la guerra armado de todas armas. No siente en su corazón más que odio profundo contra el enemigo; llega al campo de batalla, ve a sus contrarios, corre, vuela y se arroja sobre ellos como león sobre su presa. En vano los vencidos exhalan gritos de piedad bajo los pies de su caballo; en vano clama el padre por el hijo, el hijo por el padre; sediento de sangre y ciego de venganza, lo atropella todo y huella indiferente los cadáveres. Regresa a sus hogares y no puede vivir en paz: sabe de algún paso honroso que ha

de celebrarse en apartadas tierras, y prepara al instante de nuevo su lanza y su caballo. Vive tan entregado a sus belicosos instintos, que parece incapaz de todo sentimiento delicado. ¿Quién, no obstante, más generoso que él ni de más delicados sentimientos? Dios y su dama son los ídolos a cuyos pies depone en ofrendas sus coronas. Está aún cubierto del polvo del combate cuando cruza el umbral del templo y dobla humildemente la rodilla ante la imagen de María; deja el templo y corre a descansar de sus fatigas en los brazos de otra mujer que adora. Ya en su castillo, oye con placer al paje que le refiere donosas aventuras, al maligno juglar que satiriza las damas de su palacio, al trovador que va de corte en corte y de alcázar en alcázar cantando la guerra y los amores. Celebra sus victorias con opíparos banquetes en que deslumbra el oro, abre la puerta a la *gaya ciencia* y no se desdeña de escuchar frívolas cuestiones ni de aceptar los fallos de los maestros. Conoce los deberes de la amistad, y sacrifica por ella su interés, su bienestar, su vida. Llevado de un bello ideal, apenas está nunca en la esfera de acción donde se mueve el resto de los hombres.

Es dulce, excesivamente tierna la mujer de aquella edad, es todo sentimiento. Por la pasión es capaz de todo sacrificio. Ama y suele ser constante: ni la ausencia hace mella en su corazón, ni los vínculos religiosos lo transforman. Los obstáculos no sirven sino para fortalecerla; la sangre vertida por su entusiasta caballero, sino para avivar el fuego que la abrasa. No sólo siente el amor puramente material; concibe, siente y hasta practica el amor platónico. Hace de su amante un ídolo. ¡Qué

dulzura! ¡qué candidez en su semblante! ¡qué expresión la de sus ojos! ¡qué tranquilidad la de todas sus facciones! Corren las palabras por sus labios más suavemente que las aguas de un arroyo; habla, y todo queda perfumado por el aliento de su boca. Parece la imagen de la humildad y la modestia. ¡Qué ligero no es su paso! Las rosas que pisa apenas se doblan bajo sus plantas. El templo es su paraíso; Jesucristo, su más alto amor; la bienaventurada hija de David, su mejor modelo. ¿No es acaso ésta la virgen cristiana que nos han hecho concebir la historia y la leyenda? Sí, ésta es la virgen cristiana de la Edad Media, pero bajo una sola faz de su carácter. Esa virgen tan dulce es la primera en asistir a los más fieros espectáculos de su época y en guardar sus más ardientes miradas para el bravo paladín que haya salido vencedor en la pelea. Precipita a su caballero a las más aventuradas empresas; le hace exponer cien veces la vida por el menor de sus antojos. Es firme su pasión, pero costosa; sus celos son temibles; su venganza, impía. Parece que están apagadas sus pasiones; ¡ay del día en que un contratiempo de amor remueva la ceniza que las cubre!

Se ve por fin rasgos de generosidad y de nobleza: hombres que exponen mil veces su vida por salvar a sus semejantes, sacerdotes que se interponen entre las espadas de los combatientes a fin de acallar discordias y evitar días de luto a las familias; ancianos que en momentos de exaltación religiosa descuelgan con furor sus armas, ansiosos de vengar sobre cabezas de infieles las injurias recibidas por su Dios y su patria. No hay virtud de que no se encuentre ejemplo, hazaña ni sacrificio

que no se repitan en cada nación y en cada siglo ¿Qué no vemos en cambio?

Domina generalmente en la sociedad una prostitución sin freno, una codicia sórdida, una crueldad espantosa, inexorables venganzas.

....

No es menos general la codicia: préstase con usura bárbara, se hace públicamente el comercio de esclavos, pueblan el monte turbas de bandidos, saquéanse pueblos a la luz del día. El fraude es la verdadera ley del cambio, y se falsean todos los sentimientos de justicia. Para colmo de mal, llevados los reyes de errores económicos, son los primeros en defraudar el Estado; dan origen a créditos insostenibles, alteran el valor natural de la moneda, y animan con tan viciosos ejemplos a los ya dispuestos a pasar por todo lo que pueda satisfacer su amor a la riqueza y los goces.

Crueldad la hay hasta en las leyes; el duelo es una prueba judicial, y quizá sea la más dulce de las pruebas. Invéntase todos los días para los acusados tormentos y suplicios terribles, créase tribunales feroces. La horca está todo el año en pie; la hoguera, siempre dispuesta; el patíbulo, levantado en el castillo del barón y en el alcázar del prelado, como señal de mero y mixto imperio. Se ensaña la ley con algunas de sus víctimas hasta después de la muerte: cuando no se abrasan los cadáveres ni se les arroja al fondo de los ríos, se los descuartiza, y se expone con horror sus miembros en las puertas de las villas y en las márgenes de los caminos. Las guerras son, como nunca, atroces: se tala a leguas la campiña; se toma por asalto fortalezas, al parecer, inexpug-

nables; se pasa todo a sangre y fuego; se ceba el hombre como león hambriento en la matanza de sus enemigos. Hay reyes que siglos después de muertos pasan al catálogo de los santos; no por esto se muestran menos crueles que los otros en sus campañas. Hasta el sacerdote empuña la espada y viste la armadura; no puede esgrimir armas contra nadie sin violar los cánones; pero los viola y los violará mil veces antes que refrenar su odio profundo contra infieles y cristianos. No son simplemente prisioneros de guerra los que caen en poder de sus contrarios; gimen en duras mazmorras o están condenados a ímprobos trabajos, mientras no llega el rescate.

En todo, casi en todo se descubre cierta inhumanidad salvaje; el leproso, ese desgraciado ser apenas conocido ya en nuestras sociedades, busca en vano alivio a su amarga desventura: no encuentra, en mucho tiempo, sino palabras, sólo palabras de consuelo. Se le rechaza como si llevase en su frente la maldición de Dios: no puede acercarse a la morada de los demás hombres; no puede lavarse en fuente ni en arroyo; no puede beber en otro vaso que en su cuenca; no puede caminar por angosta senda ni tocar la cuerda del pozo en que podría apagar el ardor que le consume; no puede pasar el resto de su vida sino en chozas aisladas, a cuyo pie la Iglesia suspende del árbol de una cruz una arquilla destinada a las limosnas del viajero. Da una que otra vez con almas llenas de amor, que no temen las contagie; pero, en cambio, ¡qué de horas no pasa contando uno por uno los pasos que le conducen al sepulcro! No tiene ni el derecho de poner la mano en la cabeza de sus hijos; no tiene ni el de hablar; ve desde su cabaña a sus semejantes, y no puede llamarlos sino

al son de una carraca. Duerme sobre el polvo de los cementerios, que esparció por su cama el sacerdote; hasta donde descansa encuentra el infeliz el recuerdo de su tumba. ¿Cabe más barbarie? ¿Es así como consuela la humanidad a los que caen en los abismos de la desgracia?

No creo necesario detenerme más sobre este punto; la antinomia es en todo lo de la Edad Media visible y manifiesta...

....

JUAN VALERA

(1824-1905)

DEL CHISTE Y DE LA AMENIDAD EN EL ESTILO

Con claras muestras de deleite y con bastantes aplausos, oyeron la Academia Española y el público que asistió a la junta, el bonito discurso del señor Castro y Serrano, autor tan celebrado y tan popular por su *Novela Egipto,* sus *Cartas trascendentales,* sus *Historias vulgares* y otras obras literarias, donde luce y da abundantísimo y precioso ejemplo en lo que en esta última y solemne ocasión ha querido explicar como estético, y sujetar, en lo que cabe, a reglas, como crítico y como preceptista: *el chiste y la amenidad del estilo.*

Aunque el plan del discurso era didáctico, el autor acertó a seguir siendo chistoso y ameno, de suerte que, en vista del buen éxito que el discurso tuvo y tiene, tal vez siguió convenciéndonos, más con el ejemplo que con los argumentos, de la bondad y eficacia de su doctrina.

Y no es esto decir que la doctrina sea errónea, ni que esté mal expuesta y sostenida. La diserta-

ción del señor Castro y Serrano pudiera formar un brillante capítulo de toda buena filosofía del arte de escribir. Todo está bien entendido y explicado, y singularmente la naturaleza y condición de lo chistoso y de lo cómico.

Sin embargo, como la estética, la retórica y la crítica literaria no son ciencias exactas, bien podemos disentir en algunos pormenores de lo que sostiene el señor Castro y Serrano, sin rebajar en lo más mínimo el valor de su criterio.

El chiste, según el autor del discurso, es lo más duradero, lo más persistente de las obras del ingenio. Se pierden los relatos de los historiadores; se olvidan las sentencias de los sabios y filósofos, y sobrevive el chiste. No sabemos si esto habrá sucedido alguna vez; si algún chiste se habrá conservado por tradición oral, habiéndose perdido las historias, los libros de filosofía, las novelas o los versos en que el chiste pudo conservarse; pero conservado todo, el chiste es lo que conserva menos vida para las futuras generaciones. El llanto de Andrómaca, la cólera de Aquiles, el ardor bélico de Tirteo, la paciencia y los dolores de Job, y los lamentos de Jeremías, viven y son comprendidos ahora como hace dos o tres mil años. Los escritores que, sin chiste alguno, cuentan todo esto, son ensalzados hasta las nubes. No hay lector que no los entienda; pero los chistes que ellos dijeron o que dijeron sus contemporáneos, ya es menester perspicacia, erudición profunda, atención o buena voluntad, para que hoy los entendamos o los solemnicemos con risa.

El terror, la compasión, el amor vehemente, todo entusiasmo inspirado por lo trágico, lo épico, lo lírico, lo bello y lo sublime, tiene su raíz en el centro de la naturaleza humana; es de todo país y de todo tiempo; es independiente de las civilizaciones, del andar de los siglos y del cambio de los idiomas; mientras que el chiste, o se disipa traducido, o se embota y pierde la punta si se pone anticuado, o no se entiende sin largo comento, y entonces se hace pesado, y ya no es chiste, si depende de costumbres y usos muy otros de los nuestros. Al contrario: de esta diferencia de costumbres y de usos suelen resultar chistes contra la previsión, contra el propósito de los autores.

De aquí la abundancia de chistes efímeros, y la rareza la extrema dificultad del chiste que dura siglos.

La muerte de Héctor hace llorar aún a quien lee la *Iliada*, aunque sea menos que medianamente traducida; pero no hay chiste de *La Batracomiomaquia* que haga reir al helenista más docto, como no se empeñe él en reír para significar que penetra lo que no penetramos.

Pero, ¿qué mucho que no penetremos ya los chistes griegos, cuando apenas percibimos los chistes españoles de hace tres o cuatro siglos; cuando tal vez nos parecen frialdades y simplezas o chocarrerías estúpidas los que, hace veinte, treinta o cuarenta años, pasaron por chistes, y fueron reídos, celebrados y repetidos con estrepitosos aplausos?

No se ha de negar que los chistes pueden ser inmortales; pero son raros los que alcanzan la inmortalidad. Al trasladarse de un país a otro país,

de un idioma a otro idioma, de una civilización a otra civilización, el chiste se extravía con mayor facilidad que todo otro primor literario, y ya es menester ser zahorí para descubrirle.

Todo lo dicho no va en contra, sino en favor del chiste. Por lo mismo que es tan difícil hacerle duradero y ubícuo, son prodigiosos y contados los escritores que duradero y ubícuo le hacen.

Además de este reparo contra la duración y persistencia del chiste, hemos de poner otro en favor del estilo o género que llaman hoy *humorístico*, y que el señor Castro y Serrano menosprecia por demás. Acaso la discrepancia estriba sólo en el valor y significado que damos a lo *humorístico*, palabra nueva, pero de buena y castiza formación, pues procede de *humor*, lo mismo que *humorada*, lo cual prueba que el *humorismo* y lo *humorístico* han existido siempre en España, aunque no existiesen los vocablos que lo expresan.

El humorismo bueno tendrá, sin duda, varios orígenes. No nos mueve la pretensión de señalarlos todos; pero vamos a señalar uno, muy importante, y que acredita y hace simpático el humorismo, en vez de desacreditarle y hacerle odioso. El humorismo nace con frecuencia de humildad y de modestia. Un poeta, o un novelista, se llena de entusiasmo y escribe a veces una oda, un discurso, un libro entero, excitando a la virtud y condenando el vicio; pero considera luego que él es más vicioso que virtuoso, que no hace lo que predica y que carece de autoridad para predicarlo, y el humorismo nace. ¿Invalida el humorismo la buena moral predicada? ¿Deslustra la belleza de las virtudes que se

han ponderado antes? En nuestro sentir, lo contrario es lo que ocurre. El humorismo es como el fondo negro sobre el cual resalta y se destaca lo luminoso. El escritor se sacrifica y se condena para que las sentencias que ha dictado tengan un valor impersonal y absoluto, y no aparezcan como avisos y advertencias o consejos dados por su indigna y desautorizada persona. Es evidente que todo poeta, moralizador o predicador, convendría que fuese en todo autorizado y digno; pero si no lo es, vale más, para el buen éxito de su obra y del fin moral de ella, que tenga la debida sinceridad, con tal de que no raye en cinismo.

Sirva de ejemplo antiquísimo y perfecto de este humorismo la oda de Horacio sobre la vida del campo, que imitó tan lindamente nuestro fray Luis. Horacio, que era epicúreo, cortesano, amigo de fiestas y bullicios, encomia de verdad, en un noble y puro arranque de inspiración, el retiro rústico, la vida solitaria de los tiempos primitivos e inocentes, la soñada edad de oro, en suma; pero cae luego en que nadie va a creerle y en que todos van a reírse si todo aquello queda como dicho por su cuenta, e inventa entonces el chiste inmortal, el humorismo legítimo, de que sea el usurero Alfio quien diga todo aquello y se considere ya árcade, o más bien anacoreta, mientras cobra los pagarés vencidos y se prepara a colocar a mayor interés su dinero. La intervención de Alfio, lejos de menoscabar o de empañar la hermosura de la vida retirada que pinta Horacio, da más brillo a dicha hermosura y la hace más patente, ya que hasta el usurero Alfio es capaz de comprenderla y de amarla.

EMILIO CASTELAR
(1832-1899)

RECUERDOS DE ITALIA
LLEGADA A ROMA

Estamos en Civita-Vecchia. Cuando el bote se aproxima rápidamente a tierra, el corazón os salta en el pecho de entusiasmo. Los edificios que os rodean os hablan de la antigüedad. Por poco aficionados a los estudios clásicos que seáis, sentís tentaciones de recitar los versos que Virgilio puso en boca de los compañeros de Eneas. La vista de Italia deja en nuestro pensamiento una estela más profunda que la quilla de la barca en el mar. Cuando atracáis, os falta tiempo para saltar en tierra. Si nuestro siglo no estuviera reñido con la manifestación aparatosa de los grandes sentimientos, postraríame de hinojos sobre el suelo para besarlo. *Italiam, Italiam; primus conclamat Achates.* Pero habíame olvidado, en mi entusiasmo, de que esta Italia es la Italia pontificia. Un aduanero os detiene y os pide el precio de la entrada como en vil teatro. Una nube de mendigos, en cuyos rostros estatuarios ha impreso la miseria sus tristes huellas, se reparten a gritos

vuestro equipaje como rico botín. La policía sale a reclamaros los pasaportes, en toda la Europa civilizada ya abolidos. Allí os los visan, exigiéndoos otra gabela, a pesar de venir visados con gabela de la Nunciatura de París o del Consulado de Marsella. En seguida el equipaje entra en sórdido almacén, oscuro además como un calabozo de la Inquisición; oscuridad incomprensible en esta tierra del cielo espléndido y de la luz deslumbradora, que dan a los ojos con un festín de colores una embriaguez de poesía. Por efectos usados o adscritos a vuestro uso, os exigen derechos de aduanas. Cuando, pagados estos derechos, ya os contáis libres, veis todos los bultos arrojados a un carretón, del cual tiran varios jóvenes haraposos, sin camisa, que os gritan: "¡A la aduana!" ¿Pero otra vez? La tasa, el arancel prohibitivo, la incomunicación con el mundo, ¿serán también de derecho divino? ¿El Papa necesitará, para ejercer su autoridad sobre las conciencias, apoyarse fuertemente en los errores económicos de la prohibición y en los errores políticos del absolutismo?

Yo comparaba esta entrada en los Estados Pontificios con mi entrada en los Cantones Suizos. Sentimientos no menos sublimes ciertamente os poseen al contemplar aquellos montes por pirámides de eternas nieves terminados; aquellos bosques verde-oscuros, a cuyos pies se extienden praderas de un verde-claro, tachonadas por toda suerte de flores; aquellos lagos azules perezosamente dormidos al pie de colinas graciosísimas, puestas en sus bordes como para contrastar con los nevados picos hundidos en la profundidad de los cielos; aquellos ríos impetuosos, cuyas claras

aguas se despeñan con solemne rumor; aquellas blancas aldeas habitadas por una fortísima raza, que ha logrado realizar el mayor bien posible en las sociedades humanas: la alianza de la democracia con la libertad. Nadie os perturba en la contemplación de estas grandezas. Ningún aduanero os registra el equipaje; ningún esbirro os pregunta vuestro nombre. La libertad ha abierto al universo aquellas montañas que parecen muros impenetrables. Pero en las playas romanas, en estas playas, que os llaman como sirenas, el absolutismo ha puesto una nube de alcabaleros y de espías para cerrarlas, cuando las ha abierto naturaleza, como todos los vientos, a todas las ideas.

Nada más incómodo que el registro de los equipajes, nada más minucioso. Caen los aduaneros sobre los libros con recelo inquisitorial. Y después que lo han removido todo y lo han ojeado todo, entregan cada bulto a un empleado que lo conduce a la estación, pidiéndoos de nuevo derechos, cuyo importe monta tanto como la primera contribución de la primer aduana. ¿Hay paciencia para sufrir una administración como ésta? ¿Es posible que, en medio de Europa exista un territorio privilegiado y en él una porción, la más augusta por sus glorias de la familia humana, en perpetua ruinosa tutela? El Espíritu Santo, que derrama sobre la cátedra de San Pedro torrentes de verdades religiosas, ¿no querrá por misericordia concederle ni un átomo siquiera de las verdades políticas y económicas, que son la honra y la riqueza de los pueblos modernos? Así es que el ánimo se aparta del lado económico y administrativo de aquella tierra para fijarse en el lado pintoresco. El cielo es de espléndido azul-

claro; el mar como el cielo; el aire tibio y aromático; las guijas de la costa parecen doradas y bruñidas por la luz; en los árboles asoman las tiernas hojas que abril hace brotar con sus primaverales besos; y entre corros de alegres chiquillos medio desnudos pasan de vez en cuando algunos frailes, los cuales, con su túnica blanca y su manto de parda estameña, me parecen evocaciones de otras edades, ruinas vivientes, paseándose, como los fuegos fatuos por los cementerios, sobre las ruinas de piedra.

Suena la hora de partir a Roma. El tren silba. Civita-Vecchia es el puerto de los Estados Romanos. Pero ni un carro, ni un fardo, ni un trabajador, ni un barril; nada que indique la existencia del comercio, como no sea el aduanero puesto allí para impedirlo. Mucho había oído hablar de la tristeza del campo romano, pero nunca creí que llegase a tanto. Es la desolación de las desolaciones. Parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. Los buitres y los cuervos se han comido hasta los huesos de este gran cadáver. Once estaciones hay entre el mar y la Ciudad Eterna. En ninguna de ellas se ve un pueblo. Los empleados pronuncian nombres sonoros como Río Fiume o Magliana; nombres que se pierden, vanos ecos, en la inmensidad del desierto. Extraña mucho, muchísimo, ver que un tren se para en la soledad, sin que nadie baje ni suba, sin que nadie mire, sin que se carge ni se descarge un bulto. A veces alguna cabaña circular, terminada por una cruz de palo, es todo cuanto se decora con el pomposo nombre de estación. Diríais que son tumbas de salvajes. El tren marcha proporcional-

mente como una carreta. Esta lentitud os permite descubrir el inmenso horizonte; el campo desolado, pantanoso; algunas yeguadas que corren, o búfalos que se paran como para contemplaros, o rarísimos pastores a caballo en jacos matalones, o un carro sobre el cual anda tendida alguna familia devorada por la fiebre, y que parece resto de razas nómadas, muriendo sobre aquel desierto, donde yacen tantas antiguas majestades caídas y enterradas.

....

JUAN MONTALVO
(ECUATORIANO)
(1833-1889)

DE LA RISA

¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible que ése que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reír de todo, en todas partes y a cada instante, ¿qué es sino pobreza de espíritu? Los bufones antiguos tenían obligación de hacer reír a sus amos, y así andaban a caza de donaires mediante los cuales vivían a mesa y mantel en los palacios. Semejantes empleados habrán sido del gusto de los príncipes bárbaros de la Edad Media, pero en el día no es aceptable un enano burlón y estrepitoso, y mucho menos cuando sus ingeniosidades no siempre tienen la sal en su punto. Yo aguanto de buena gana de hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo da que en vez de reírse alto y grueso, se

rían entre las barbas ese *ji ji* quebrado y nudoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huíd como del zorro de ese viejo barbirrucio y graciento que se empieza a reír pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia: se ríe al ver un conocido, se ríe al saludarle, al preguntar por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe; envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve: no se había reído todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerce la esquina, le llamará otra vez, para reírse de adición: mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una postdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reírse, porque esos *ji jis* vivarachos y espeluzantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retozar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo murmura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente. Ancha su cara como la rodela de Don Quijote, aborrascadas y cenicientas sus barbas como las de Hudibrás, se ríe hasta con esos ojillos de color celeste. Y cuando habla en queja, cuando rememora la ingratitud de sus favorecidos, los bienes que ha hecho a sus semejantes sin que su propia mano izquierda lo supiese, entonces llora; pero como el llorar de una manera absoluta sería perder tiempo de reírse, llora con el un ojo y con el otro ríe, como el personaje de Labruyère. La risa no se alberga sola en el laberinto de sus barbas: duerme en la misma

cama con la mentira y la difamación, y juntas se levantan muy temprano, para acostarse muy tarde entre las mil sabandijas que pululan en ese chaparro de brujas. Si este viejo se riera alto, grueso, furibundo, como ese otro enano, ¡yo todo le perdonara, todo! Pero ese reído de culebra, anguloso, quebrado, añudado como un quipo; ese trotecito impertinente e interminable de la boca con el cual se va camino del mal del prójimo, eso no hay quien le sufra. A menos que el del reír agudo se encuentre con el del reír gordo y pringoso: éstos sí que se comprenden y complacen de hallarse juntos, para reírse el uno como violín, el otro como *violón;* el chiquito, como se riera un elefante; el grande, como se riera un caballo de ajedrez, trocando los frenos en el reír, conformes en el mentir y el difamar.

La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, ésa es otra cosa. Unos sabios vierten lágrimas en contemplación de las miserias humanas; otros se ríen de ellas: no sé cuáles tengan razón; unos y otros tal vez, porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días: mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en la alteración amistosa a lo largo de los siglos.

Hay risa fina y delicada, sal preciosa que asainetea el trato humano y nos hace volver a su regosto: ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye:

el que puede reír de corazón, esté seguro de que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel. Cuando el ingenio acierta a encarnarse en un habla alegre, se reviste de una de sus más donosas formas, y campea haciendo quiebros en la tertulia inteligente. La chispa es un delicioso cordial, si reluce y chirria dentro del círculo de la moderación y el decoro; mas cuando quiere brillar sin término ni medida, viene a parar en fuego fatuo. Si sucede que nuestra sal reanima a los demás, podemos estar ciertos de que hemos dicho cosa buena en buena forma; pero cuando el dueño de la gracia se ve obligado a dar la voz de la risa, no ha habido sino una majadería.

Hay risa fila y penetrante que se va al través del pecho como frío puñal: la malicia, la ironía, el sarcasmo suelen reírse *pian piano,* y muy como quien no dice nada degüellan a su víctima. Esta risa es asimismo un espíritu sutil que ciertos alquimistas infernales extraen del odio, la envidia, la malignidad, para envenenar a sus semejantes; espíritu que cuando es elaborado por la moral y la virtud, con el fin de matar los vicios y conciliar vigor a las buenas costumbres, es precioso y resulta de operaciones más sabias que las que fueran menester para dar con la piedra filosofal. Tenga un hombre una sombra de inteligencia, y sabrá al punto el juicio que de él forman los que le oyen, cuando a sus proposiciones y donaires responde alguno de ellos con una de esas risas que apagan el buen humor. Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, aplaúdasele, anímesele; pero si es Aristófanes

quien se quiere reír de Sócrates, que no halle sino silencio. Sabiduría y virtud encarnadas en una sola persona componen una divinidad alta y augusta: mofarse de ella es vilipendiar a los dioses.

Hay risa que cae cual un martillo; risa feroz que sofoca y abruma al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos, que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo: esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón. La venganza se ríe también, pero no en todos sus períodos: en el primero es dura, agria, fementida; lejos de reír, se está callada y zahereña. En el segundo se hincha, se inflama, se envenena; echa espuma por la boca, fuego por los ojos. En el tercero, está madura, no puede más, revienta, y muere o destruye al enemigo. En este último caso se suele reír: la venganza satisfecha tiene su alegría de Satanás, y se ríe como Antonio

....

EUGENIO M. DE HOSTOS
(PORTORRIQUEÑO)

(1839-1903)

DISCURSO EN LA INVESTIDURA DE LOS PRIMEROS MAESTROS DE LA ESCUELA NORMAL DE SANTO DOMINGO

(FRAGMENTOS)

....

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formemos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas, y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del ser que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fan-

tasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y, complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante imprevisor: tropezando y cayendo, levantándose para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual, de cada existencia nacional, y del ideal supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo bello bueno, dirige la voluntad al bien; regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria; forja el ideal del hombre completo en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal en todos los seres realmente racionales; e iluminando con él la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al ser humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota, desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese

dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un gabinete de historia natural. La otra nos haría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras del hombre no están concretadas a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el principio, por el puesto, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico. *Conscientia propugnans pro virtute*: como conciencia que combate por el bien.

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar, en una armonía superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y por el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiabla los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral o intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo, ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la re-

volución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad y os doy el mundo. Vosotros sin la verdad, destrozaréis el mundo, y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto —para disparar el pensamiento entero— con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

Y ¿qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

....

JOAQUÍN COSTA
(1846-1911)

EL NÚMERO DOS

(APUNTES PARA LA EXPOSICIÓN DE UN MÉTODO GENERAL DE ENSEÑANZA

"Las fuerzas, cuando se unen, no aumentan por vía de adición, sino por vía de multiplicación."

El hombre es un perfecto microcosmo por su dualidad de naturaleza, porque reúne la idea substancial en sus dos categorías de intensión y extensión: por un lado toca la cadena de las inteligencias superiores, y por otro, la escala de los seres materiales. Sólo en él se retrata y resume el plan de Dios. Al nacer recibe dos vidas; la vida de la carne y la vida del espíritu: con ellas puede sentir los estremecimientos del más ínfimo de los organismos, y remontarse en alas de los ángeles hasta el eterno manantial de las existencias. En su cuerpo refleja el mundo de lo material; en su espíritu refleja el mundo de lo invisible. Por su cuerpo participa de la molécula cósmica en todos sus grados; por su alma participa

de Dios, siéndole dado también crear pequeños mundos. De los demás seres, unos piensan y otros pesan; él sólo piensa y pesa sobre el Universo. Por eso, cuando entre el pesar y el pensar hay equilibrio, cuando están armonizados el trabajo material y el trabajo intelectual, los resultados son tan prodigiosos como permanentes; testigo, la brillante historia de los benedictinos. De la misma manera cuando el operario sea artesano, y el artesano pensador, y el pensador comparta sus horas entre el cultivo de la tierra y el solaz de la Biblioteca, el mundo será un jardín de delicias, y el hombre, imagen verdadera de la armonía universal.

El amor en sí mismo es como una hoguera que se consume sin alumbrar: es preciso que encuentre un espejo donde mirarse. Por eso el matrimonio, la unión armónica de hombre y mujer, es la primera y más perfecta de las sociedades, la sociedad modelo, cuya fuerza procede de la dualidad, choque y comunión de caracteres y de naturaleza: el *hombre,* por un lado, abarcando los dos extremos, la inteligencia y la fuerza; y la *mujer,* por otro, siendo con su amor el espíritu santo que enlaza ambos principios, descendiendo del uno al otro en mística inspiración.

No podremos explicarnos el porqué, pero es lo cierto que la memoria es más fiel y tenaz cuando se lee y discute entre dos un pasaje cualquiera que cuando aisladamente lo estudiamos. Por eso, sin duda, se aprende y recuerda mejor una materia cuando se oye la explicación de un profesor que cuando se lee simplemente la lección de un libro. Por eso el teatro será siempre más a propósito para moralizar que la novela y que el periódico; por eso "la elocuencia será

siempre más poderosa y exaltada en medio de la muchedumbre que en la intimidad, y por eso también el talento ha de ser más frecuente y activo en una capital que en la soledad. Continuamente en aumento, la vibración de uno vibra en el sentido del otro, y vuelve al punto de partida aumentando en poder con todas las sacudidas que ha recibido como una voz repetida hasta lo infinito de roca en roca".

Un escritor ha dicho: "Un gozo de que participa otra persona es doble gozo: un dolor con la misma circunstancia es medio dolor." Otro filósofo ha ido más lejos, afirmando que "la felicidad no existe si no son dos a gozarla". Por eso, cuando nos ha pasado algún lance curioso, leemos algún chiste o alguna proposición interesante, buscamos instintivamente otra persona que nos la escuche y nos comunique su agrado o entusiasmo.

Una debilidad de uno sumada con otra debilidad de otro, dan por resultado una fortaleza. A propósito de esto, Confucio solía contar una historieta a los pueblos de la China, con el fin de excitarlos a la asociación: "Un pobre ciego sin guía ni consuelo llegó, arrastrándose por las calles, a la plaza pública, donde otro pobre paralítico yacía sin poder dar un paso implorando la caridad de los transeúntes. "Hermano —le "dijo el ciego—, horribles son nuestras desgracias, "pero lo serán menores si acertamos a unirlas: yo tengo piernas y tú ojos, precisamente cuanto necesitamos: subirás a mis hombros, y desde allí me guiarás "adonde conviniere: tu vista asegurará mis pasos vacilantes y mis piernas utilizarán el servicio de tus "ojos, y sin que nuestra amistad ponga nunca en tela "de juicio quién desempeña el oficio más importante,

"yo caminaré por ti y tú veras por los dos (Florián)." Así en la Edad Media, la monarquía débil y el débil pueblo acabaron con la poderosísima nobleza feudal.

Dos personas bien unidas por el lazo de la amistad, del deber o del interés común, suman un valor extraordinario; su confianza en los peligros compite con su ardimiento en la pelea; en todos casos se deciden pronto y sin vacilaciones a desistir o a poner manos a la obra. No hay superstición, ni fuerza, ni amenaza, ni consideración humana capaz de detener o de arrastrar a dos personas que mutuamente se obedecen y mutuamente se mandan. Una brillante confirmación de este principio es la institución de la *Guardia civil,* cuya eficacia y buen resultado quedarían bien restringidos si a la pareja sustituyese el guardia aislado, por más que las atribuciones fuesen las mismas e igual el número de individuos del Cuerpo. —Confirma igualmente este principio otra institución muy parecida que hallamos en la Edad Media: las *Ordenes militares,* creadas con el fin de oponer el apoyo de la fuerza a los abusos de la fuerza, en una época en que no estaban bien definidos los poderes ni respetadas las leyes: dos caballeros, hermanos de armas, unidos por juramentos solemnes, constituían una verdadera potencia amparadora del derecho quebrantado y desconocido.—Aplicación del mismo principio al gobierno de los pueblos nos ofrece la Historia con la institución de los *dos reyes* en Esparta, los *dos sufetas* en Cartago, los *dos cónsules* en Roma, los *dos jueces* en Castilla, los *duunviros* en nuestras antiguas curias o Municipios. En Oriente lo aplicaron igualmente al arte de la guerra, pues, según los bajorrelieves de Nínive demuestran, la organización de los

ejércitos asirios consideraba el par como unidad, con grandes ventajas a no dudarlo: de cada dos soldados, el uno sostenía un gran escudo de mimbres que abrigaba todo el cuerpo, y el otro tras este escudo disparaba las flechas contra el enemigo. No deja de ser raro que no se haya aplicado un sistema tan racional en nuestros días, en que tantas invenciones de muerte se presentan y aplican.—En cambio, esto que no hacen los hombres del arte de la guerra, hácenlo con distinto motivo los hombres del arte de la paz. A mediados de primavera salen de Murcia cuadrillas de segadores aventureros que atraviesan la Península de Sur a Norte recogiendo las mieses así como van madurando. Marchan organizados en compañías, con su correspondiente capitán o jefe, subdivididas en grupos de dos individuos, con el compromiso —que cumplen religiosamente— de ayudarse y socorrerse mutuamente; si uno de ellos cae enfermo, el compañero interrumpe su faena para asistirle hasta su completo restablecimiento, mientras que la cuadrilla sigue adelante. Así, el trabajador, lejos de su familia, parece que lleva la patria consigo, y si padece, anímale la presencia y solicitud del compañero; que como ha dicho Klopstock, "las lágrimas de un amigo compasivo alivian los dolores del alma"; y si muere por fin en medio de los campos, sabe que su último recuerdo será trasmitido con el fondo de sus ahorros a la viuda y al huérfano, por mano del rudo pero fiel y cariñoso enfermero.

Se ha dicho que cuatro ojos ven más que dos, y puede añadirse que cuatro ojos, mirando desde un mismo punto y cambiándose recíprocamente las imágenes, verán mucho más hondo y claro que multitud

de ojos aislados mirando por cuenta propia, sin mutua relación ni correspondencia. Ya Swift escribió: "En un siglo suelen aparecer cinco o seis hombres de genio que, si reuniesen su poder, el mundo entero no podría resistirles." ¿Por qué la Compañía de Jesús ha sido tan poderosa y temida, sino por esa admirable asociación de inteligencias, por esa organización de ciega obediencia que suma tantos y tan escogidos talentos en el cerebro de un solo jefe? ¿Y por qué las guerrillas de nuestra Independencia, a pesar de su falta de organización, acabaron con las huestes del temible corso, sino por esa agregación de pequeñas fuerzas, por esa suma de entusiasmos y de inteligencias que hacía de cada cabecilla un gran táctico y de cada labriego un héroe?

Es casi axiomático que *la asociación de dos inteligencias medianas aventaja en sus soluciones a una inteligencia superior*. El más célebre jugador de ajedrez ha sido siempre derrotado cuando se ha propuesto luchar contra un partido de dos, aunque eran ambos principiantes y poco diestros en calcular. En la fórmula *Vox populi* está formalmente expresada la suma de inteligencias limitadas, como constituyendo una inteligencia superior de inmenso alcance.

Ya Jesucristo había dicho: "Si dos de vosotros se congregan sobre la tierra, toda cosa que pidieren les será concedida por mi Padre que está en los cielos." He aquí el Espíritu Santo, he aquí el reflejo de las inteligencias yendo de uno a otro de los congregados, como entre los espejos el rayo de luz que viene a herirlos desde el fondo de los espacios infinitos.

Indudablemente *dos es mayor que uno y uno*. Y esto, que es una verdad dentro del mundo intelectual,

parece trascender al mundo de la materia. La primera y segunda moneda que deposita el trabajador para formar un fondo de reserva, son como semilla fecunda: unidas una a otra, parecen convertirse en poderoso imán para atraer otra y otras, que se suceden desviándose del camino de la taberna. Si a esta simple atracción del interés se une la *multiplicación cooperativa,* las crisis se hacen imposibles; y si, por fin, se admite un tercer factor compuesto, la asociación de inteligencia, entonces los filósofos se estremecen en sus sepulcros, porque ya está salvado el mundo.

Frater qui adjuvantur a fratre, quasi civitas firma; et judicium quasi vertes urbium: el hermano, ayudado del hermano, es como una ciudad fuerte, y sus juicios, como cerrojos de ciudades.—Prov., XVIII.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
(1846-1915)

UNA DOLORA EN PROSA

I

En medio de la indiferencia con que la generalidad del público ilustrado recibe los generosos esfuerzos de los pocos que en nuestra patria se consagran a los estudios filosóficos, considerándolos dignos de seria atención, es doblemente merecedor de aplauso el celo de aquellos escritores que, no haciendo de la filosofía su vocación especial, y aun alejados de ella por su verdadera profesión y sus costumbres, acuden de tiempo en tiempo a rendir a sus plantas el tributo de que noblemente se creen deudores, sobreponiéndose al contagio de la desdeñosa presunción que reina en el círculo a que habitualmente pertenecen. El espíritu dado al cultivo de la ciencia halla en el comercio de un medio social apropiado continuos materiales que lo estimulan en su empresa laboriosa, y de donde saca nueva y animadora energía en sus instantes de vacilación y desaliento. De este modo, enlazado en incesante comunicación con el mundo científico, se sostiene igual y perseverante en su propósito; y para vencer la ex-

céntrica singularidad a que lo lleva en ocasiones una desmedida concentración en sí mismo (de la que nace ese tenaz apego que tomamos a nuestras opiniones individuales, no por ser verdaderas sino por ser nuestras, y que es quizá el mayor y más terrible obstáculo con que ha de batallar el hombre sincero), le basta tender una mirada a su alrededor, y ver cómo le acompaña en su camino la humanidad entera, y sorprender en el corazón de su engreído pensamiento las últimas vibraciones de la cultura universal.

Pero lo que necesita luchar quien vive distante de esa comunicación y encerrado en un mundo refractario a las aspiraciones que, a trechos, se levantan en su alma, para darles alguna satisfacción y cumplimiento; lo que ha de sufrir al verlas siempre contrariadas por la extrañeza de los que lo rodean, y aun por la fatuidad de su desdén; lo que ha menester para conseguir formularlas, falto de todos los elementos exteriores que pudieran fortalecerle y ayudarle, y teniendo que suplirlos con el ardor infatigable de su empeño, apenas se concibe, y jamás obtendrá en premio estimación suficiente.

Tal es la posición del señor Campoamor. En un siglo en que la desorganización de que no han logrado salir todavía las esferas sociales públicas (desorganización que se deja sentir muy especialmente entre nosotros) hace tan difícil vivir en una sola de ellas, el autor de las *Doloras* rompe valerosamente con esta dificultad, y, poeta, filósofo y político, pretende los laureles de la fama nada menos que en tres distintos conceptos. Cuán de agradecer sea su intento, no es menester ponderarlo después de las consideraciones que anteceden; y son verdadera-

mente dignos de severa censura los que, movidos de frívolo menosprecio por todo fruto del espíritu nacional, o de injusta impaciencia por no ver a éste sacudir milagrosamente en un día el entumecimiento de dos siglos, o de ciegas preocupaciones académicas, o aun de sentimientos ruines, harto comunes, por desgracia, en todo país y en todo tiempo, desconocen el alto valor que indudablemente corresponde a las producciones del escritor de *Lo Absoluto*.

Tal es el título de su última obra. Plan de una filosofía completa (que tal pretende ser), ostenta a la vez en ella el señor Campoamor la índole de su pensamiento científico y su fantasía e inventiva poética.

....

II

De *Lo Absoluto*, como de todos los libros notables de su género, puede decirse mucho bueno y mucho malo. Todo es (pudiéramos decir con su padre)

según el color
del cristal con que se mira.

Si se compara esta obra con lo que el concepto propio y riguroso de la Filosofía exige y con las condiciones y necesidades históricas a que debe responder ya hoy un sistema metafísico, apenas se hallará en ella cosa que satisfaga. No espere el lector, fatigado del dogmatismo, que tan extraordinariamente representa Hegel, encontrar allí una doctrina circunspecta y prudente, verdaderamente

científica, que huya de fantasear imaginarias construcciones sobre supuestos arbitrios, que nada aventure sin razón, que marche paso a paso, hasta ponerlo en camino derecho de conocimiento y de certeza. El método, la prueba, la precisión, la disciplina, son antipáticos al ilustre poeta; y su procedimiento no difiere, en general, un ápice del que habrá empleado en sus mejores *Doloras*. No es un procedimiento racional; es una intuición estética.

....

Pero si, bajo este concepto, *Lo Absoluto* no es ni puede ser un sistema de filosofía, en la acepción propia (no en la común) de esta palabra, y apenas tiene valor demostrativo y racional, como lo denota además la absoluta falta de precisión en su tecnicismo (correspondiente a otro defecto análogo en el plan), esa misma belleza e idealidad que respira, introduce a la Filosofía en regiones y círculos tenazmente cerrados a su influjo, a cuya altura e ilustración contribuye poderosamente, y cuyas puertas hoy quizá sólo el señor Campoamor sabe abrirse. Él posee como nadie el secreto de hacer llegar un rayo de luz al espíritu escéptico del político, al empírico que vegeta en la rutina de los negocios, al que duerme afeminado en la frivolidad, al que se embrutece en la sensualidad del vicio. ¡Quién sabe! Tal vez ese libro que lleva al hombre distraído de sí propio como un presentimiento de nuevos mundos, despierte en su confuso pensamiento el germen de la razón y le haga resucitar a otra más alta vida. La verdad es infinita, nos penetra y envuelve por todos lados, y el rayo de luz de una idea que pasa, puede herir nuestros ojos y revelárnosla en la intimidad de la conciencia.

JUSTO SIERRA
(MEJICANO)

(1848-1912)

DISCURSO EN LA INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD DE MÉJICO, 1910

(FRAGMENTOS)

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mejicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la

sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social, turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia, y en cuya cima más alta se enciende su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio...!

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicosociólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mejicanizar el saber. El telescopio, a nuestro cielo sumario de asterismos prodigiosos en cuyo negror hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el Septentrión inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del Polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, a los gérmenes que bullen invisibles en la

retorta del mundo orgánico; que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones; que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran, con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

ENRIQUE JOSÉ VARONA
(CUBANO)

(1849)

HUMORISMO Y TOLERANCIA

Dicen—por lo menos dice Pauw— que en Atenas había un tribunal encargado de juzgar los chistes. Es verdad que Nicolai lo ha contradicho, y que hasta ha puesto de embustero a Pauw. Querella de eruditos. De todos modos, éste sería el caso de repetir: *se non è vero, è bene trovato,* porque el rasgo es bien ático. Si Atenas no tuvo el tribunal, merecía tenerlo.

Ante esos jueces, duchos en el arte de desentrañar la gracia aun bajo la peluca blanca de un magistrado inglés, llevaría yo un atestado de cierta escena, que tuvo lugar hace poco en la Cámara de los Comunes, seguro de obtener en su favor el sufragio unánime de los sesenta peritos. Porque no menor número era el de los jueces que podía reunir en cada ocasión aquella ciudad de las Musas y las risas.

Los diputados irlandeses no han tenido empacho en atestiguar públicamente su simpatía por los boers; y alguno de ellos, como Mr. Redmond, ha procurado que sus sentimientos sean bien conocidos por los

belicosos campesinos, que están haciendo frente con tanta audacia y fortuna al formidable poder británico. Con este motivo un diputado leal, Mr. Seton Krarr, llamó la atención del Gobierno de su Graciosa Majestad, y uno de sus más poderosos ministros, Mr. Balfour, que ha solido filosofar en sus horas perdidas, se dignó llamar a capítulo al efusivo irlandés. Esta vez era un ministro el que interpelaba a un representante, y el incidente dió lugar a una de las justas de agudeza más divertidas de que hay memoria en los graves anales parlamentarios.

El diálogo fué corto, y merece trasladarse con toda la fidelidad posible:

Mr. Balfour.—Se ha dado el caso de que un miembro de esta Cámara ha dirigido sus expresiones de simpatía a los enemigos en armas del Imperio.

Mr. Redmond.—Al enviar mi testimonio de simpatía al Transvaal no he hecho más que seguir el ejemplo del emperador Guillermo. (*Risas en todos los bancos de la Cámara.*)

Mr. Balfour.—No sabía que hubiese usted tomado tal modelo. (*Aplausos.*) Pero, al menos, el emperador Guillermo no es súbdito británico ni miembro del Parlamento. (*Carcajada general.*)

Mr. Redmond (*muy serio*).—Cierto; pero es coronel del ejército inglés. (*Un trueno de risotadas sacude la sala.*)

Mr. Balfour (*sentándose, y con tono de gran indiferencia*).—No es la primera vez que ciertos diputados de esta Cámara han prometido su apoyo a los enemigos de Su Majestad; pero ese apoyo no ha sido nunca sino moral. (*Sonrisas y aplausos.*) Tengo motivos para creer que en esta ocasión sucederá como en las otras. Pienso que la Cámara no

tiene por qué dar grande importancia al incidente. (*Cae el telón, entre aplausos ruidosos y prolongados.*)

Aunque Mr. Balfour es autor de un libro sobre la *duda filosófica,* dudo que nunca se haya elevado más en las alturas de la serenidad, que tan bien sienta a los espíritus especulativos. Como no creo que los grandes humoristas, sus compatriotas, hayan logrado idear una escena de más subido valor cómico que ésa, cortada en plena realidad, y transmitida por los estenógrafos, todavía viva y palpitante, a todos los lectores del mundo. Su gran mérito consiste para mí en que abre una dilatada perspectiva sobre el alma de un pueblo que representa papel tan prominente en los destinos actuales de la humanidad.

El humorismo es planta que prende en suelos muy diversos, pero en ninguno se extiende y florece como en el británico. Casi parece un atributo de raza. El inglés es el hombre del *humor,* como el francés el hombre del *esprit.* Pero nótese que el *esprit* se va todo en superficie, y el *humor,* todo en profundidad. Aquél es un rayo de luz que juega sobre la delicada película nacarina de una pompa de jabón; éste es un haz de sol que va a buscar, para encenderlo, el espejo del agua escondida en el oscuro fonda de una cisterna. El *esprit* es un juglar, que hace voltear las palabras en vez de bolas de colores, y ríe para hacer reír. El *humor* es un satirizante, disfrazado de *clown,* que pone a la vista el fondo de las cosas, el reverso de las medallas, y ríe para hacer pensar. El *esprit* es jocoso, y el *humor,* melancólico. El uno es hijo del ingenio, que se siente libre y vuela; el otro es hijo de la fuerza, que siente, sin embargo, las

limitaciones naturales, y sabe que ha de luchar con obstáculos.

El humorismo del pueblo inglés es una de las manifestaciones de la conciencia de su fuerza. En él entra por mucho el bíceps, el famoso bíceps anglosajón. Esos pugilistas bromean de antemano con los golpes que asesta el destino, atleta sin rival, *champion* del mundo. Por eso es uno de los caminos que los lleva a la tolerancia, prenda tan general entre ellos como el humorismo. Es verdad que su tolerancia tiene una punta de desdén. La condescendencia de la giganta Glumdalclitch con el homúnculo Gulliver. Pero de todos modos ya es mucho, entre hombres, que el fuerte oiga con reposo las invectivas del débil, y aun le consienta que le dispare sus pelotillas de papel mascado a las antiparras. Hércules se contentó con recoger en su piel de león el ejército de pigmeos que lo asaltaba, y llevárselo como presente curioso a Euristhenes. Pero eso pertenece a la fábula. Y es grato ver en la realidad que los poderosos sepan hacer verdadera la ficción.

El desenlace de la escena de la Cámara de los Comunes, que he referido, no es menos típico que el diálogo que le precedió, y envuelve una lección más alta. No es poco hostilizar meramente con la ironía al que se puede sujetar con la fuerza; pero es mucho inclinarse, aunque sea aparentando desdén, ante la libertad de pensar y sentir, aun siendo en contra nuestra y por lo mismo que es en contra nuestra.

Noviembre, 1899.

(*Desde mi Belvedere.*)

CONDESA DE PARDO BAZÁN
(1851)

CASTILLA EN LA OBRA DE GABRIEL Y GALÁN

....

La impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar *viendo*, sino estar *contemplando* la naturaleza castellana. Absoluta es la compenetración de su Musa y de la tierra, no en sentido material, en otro más alto. La comarca de Castilla no parece, al pronto, un suelo inspirador. Bajo su magnífico firmamento, se extienden aquellas grises lontananzas muertas que el poeta describe en feliz frase. Sobre la extensión de la llanada, no obstante, la fantasía borda sus recamos y realiza su labor prodigiosa, reconstruyendo el desvanecido ideal. Quien entre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombroso, por el naranjo epitalámico, por la palmera africana o por el haya señorial; quien pida a Castilla que se engalane con la cinta de terciopelo azul de las rías o con la espumosa orla de los océanos; quien no sepa saborear la poesía inma-

nente de las "castas soledades hondas", los interminables despoblados, la escueta y grandiosa línea de los horizontes, los calvos cerros, los madroñales y robledales de achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa ruda... renegará de esta naturaleza en que la hermosura se reviste de sayal penitente. Es preciso en Castiila cavar hasta el hondón; su atractivo no está en la superficie sino en la entraña; sale de adentro, y adentro vuelve; por eso se dice, y hay que bucear hasta acertar el sentido de estos decires en apariencia vulgares, que la tierra castellana es tierra de santos y de héroes, pues el heroísmo y la santidad son las expresiones más acendradas y enérgicas de la dignidad humana.

No importa que Castilla sea grave y árida; su belleza tiene, y esta belleza no está cifrada en sus oasis, las gayas sendas de Galiana, las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, las márgenes finamente orladas de juncia del Jarama y del Henares, los floridos prados de Esquivias, donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio. El carácter de su paisaje es el de las sierras del Guadarrama encaperuzadas de nieve, los campos ilimitados que tapiza la luenga sábana de oro rubio de la mies, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los acianos. Cuando esta naturaleza seria, contenida, se alegra con cualquier accidente, noria, aceña, rebaño guardado por su Melampo vigilante, se siente el indefinible halago de la sonrisa en el rostro macilento y adusto de un asceta, que lo transfigura. Los poetas, en estas regiones calificadas de áridas, son generalmente bucólicos, enamorados de lo campestre. Mientras la poesía abs-

tracta, quintaesenciada, amatoria, de los trovadores procede de países tan amenos y graciosos como Portugal y Galicia, los cantores de la naturaleza abundan en el solar castellano. Gabriel y Galán está de lleno dentro de la tradición. Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española.

No he de pararme a averiguar lo que tenga de exacta y rigurosa la clasificación de las llamadas escuelas poéticas salmantinas, y en la cual se asocian personalidades y temperamentos literarios muy diversos y aun opuestos; pero si para unificarlos en lo posible buscase una nota común, tendría que ser la frecuente y enamorada contemplación de la naturaleza. Por eso no ha de sonar irreverente en nuestro oido la comparación que se hace, la filiación que ha querido establecerse de fray Luis de León a José María Gabriel y Galán.

....

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

(1850-1901)

LA POÉTICA DE CAMPOAMOR

Cuando en la juventud se ha sabido reflexionar, y hasta cavilar como los viejos, suelen encontrarse en la vejez la compensación de un espíritu siempre joven. Respecto del ideal y respecto de la poesía, hay hombres cigarras y hombres hormigas; el que desde joven sacrifica algo de la primavera a la vida "fuera del tiempo", guarda, "allá para el invierno", algo de la primavera "ahorrada": lo más puro de ella, su hermosura ideal. Nada más repugnante que un viejo verde según la carne, y nada más interesante que un viejo verde según el espíritu. Cuando el joven es pensador, de viejo encuentra que en él, como decía el solitario de Ginebra —Amiel—, lo eterno ha sacado provecho de los destrozos causados por el tiempo. Nuestra literatura actual (y acaso algo semejante, aunque no sin muchas más excepciones, se pudiera decir de la literatura europea en conjunto) vive principalmente de la savia intelectual de algunos viejos verdes. Entre éstos se distingue, como uno de los más dignos de estudio, don Ramón de Campoamor, que todavía tiene ánimos para reimprimir, corrigiéndola

y aumentándola, aquella *Poética* suya en la que, más que otra cosa, debe verse el derecho de todo soberano a acuñar moneda que corra, estampando en ella su retrato. Este derecho —signo de soberanía del ingenio— a poner en circulación moneda estética, leyes o reglas del arte "con el busto del autor", es decir, sacadas del estudio... de las propias obras, lejos de ser perjudicial, ha traído a la riqueza literaria grandes caudales; y bien pudiera decirse que, fuera de las grandes obras capitales de los Aristóteles, los Hegel y otros pocos, lo mejor de la filosofía del arte, con aplicación a la literatura, se debe a los poetas. Es incalculable lo que en Goethe debe el crítico al poeta: la *Introducción a la estética de Juan Pablo* es uno de los libros en que mejor se demuestra que la libertad del subjetivismo, cuando la emplea un gran espíritu, no daña al vigor didáctico, sino que fecunda la reflexión con adivinaciones de lo verdadero. No quiere decir esto que la ciencia de lo bello y de su arte no deba seguir su camino por el método y con la independencia de todo conocimiento que aspire a cierto y sistemático; pero también es verdad que hay que oír a todos; y lo que dice el poeta de su arte es un dato, aunque no el único.

Campoamor ha sido el primer poeta español de nuestros días que se ha hecho acompañar siempre, o casi siempre, de un crítico, que era él mismo. Esto, que fuera de España es tan frecuente, y que es tan natural en un siglo como el nuestro, en España era cosa nueva, y en rigor se puede decir que sólo Campoamor se parece aquí a tantos y tantos poetas extranjeros que además son pensadores, más o menos eruditos, críticos a su modo. Muy ardua es

la cuestión de aclarar si esta doble vista de la inspiración moderna indica decadencia; si es o no preferible la espontaneidad en que predomina lo inconsciente, a esta otra en que la reflexión y hasta la ciencia ayudan a la creación artística, como lo que llamamos nuestra libertad ayuda un poco al resultado de los actos; no hay ahora tiempo ni espacio aquí para profundizar tal materia; y como yo no había de probar mi opinión por el momento, apenas me atrevo a indicarla, diciendo que, en mi sentir, a la belleza jamás le perjudica tener un espejo. De todas suertes, las cosas van así, y es natural que así vayan; y si la mayor parte de nuestros poetas son personas de escasa instrucción y de poco fondo como pensadores, no ganan con estas deficiencias gran cosa en lo de ser espontáneos, y pierden mucho por otros conceptos.

Folletos literarios: VII. *Museum* (*Mi Revista*). Núm. 1.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
(1852)

EL INVESTIGADOR Y LA FAMILIA

Los afanes y gastos exigidos por la creación y sostenimiento de una familia, en contraste con las mezquinas retribuciones con que el Estado sufraga la función docente, constituyen, según es harto sabido, otra de las razones alegadas por muchos maestros para desertar del laboratorio y enderezar sus actividades a más lucrativas empresas. Para no vegetar en la miseria, los hombres de laboratorio en nuestro país deberían —nos dicen— condenarse al celibato y renunciar prudentemente a los goces y satisfacciones de la vida social, de la literatura y del arte. Puesto que la base física del profesor —añaden— representa mera ración de entretenimiento, ¿cómo invitar a nadie a compartirla? El sabio debe escoger, por tanto, entre su familia espiritual y su familia real; entre sus ideas y sus hijos.

Preciso es reconocerlo: en tales exageraciones late un fondo de verdad. Los afanes de la familia restan fuerzas morales y económicas a la obra de investigación. El ideal universitario sería un con-

vento cuyos monjes, consagrados de por vida al estudio de la naturaleza, se distrajeran un tanto de sus deberes religiosos. Porque somos demasiado imperfectos para consagrar por igual nuestro fervor a dos nobles causas. El amor del cielo desinteresa de la tierra. Cuando admiramos el espíritu despreciamos el cerebro. Si nos preocupa el diablo nos reímos del microbio. Y el ansia de gloria eterna nos aleja de la gloria humana. Vana ilusión, sin duda, pero capaz en su parvedad de remover montañas y de impulsar vigorosamente la humanidad hacia la verdad y el bien.

Pero la vida conventual resultaría para la mayoría de los sabios intolerable sacrificio. Aunque llevaron vida común, los geómetras de la escuela de Alejandría fueron casados. Si la mujer es un mal, convengamos en que es un mal agradable. Poquísimos son los austeros para quienes la bella mitad del género humano representa algo así como vistoso ejemplar en colección ornitológica. Además, la táctica de conquistar adeptos brindándoles con la abstención y el martirio, parece poco hábil. Sea abnegado quien pueda, pero no impongamos a nadie la abnegación.

He aquí un punto en que la tutela del Estado es necesaria. Obligación sagrada de éste es hacer la obra científica perfectamente conciliable con la vida de familia, ahorrando al sabio dolorosas renuncias. Como todo ciudadano celoso del bien público, el científico debe hallarse en situación de satisfacer la plenitud de sus instintos sociales. En países más adelantados, donde se sabe harto bien que la prosperidad nacional es fruto de la ciencia, este problema económico ha recibido hace tiempo

plena solución. Y en Alemania e Inglaterra han hecho más: en su generosidad hacia los maestros, han convertido el aula y el laboratorio en pingües prebendas. Y el sabio ha acabado por tener una firma tan acreditada en el libro científico como en el libro talonario.

Muy alejados nos hallamos todavía en España de este ideal. Hacia él se camina, sin embargo. Notorio es, según dejamos apuntado más atrás, que las condiciones económicas de nuestro profesorado y, en general, de los devotos del laboratorio, han mejorado mucho, gracias a plausibles iniciativas de los Gobiernos. Pero aunque el Estado fuera sordo a nuestros clamores, no debemos amilanarnos. Sea nuestra divisa la de los grandes financieros: ganar mucho para satisfacer todas nuestras necesidades, y singularmente las de orden elevado, en vez de constreñirnos a una vida de mezquina economía y de cobardes abstenciones.

Pongámonos en el peor de los casos, y veamos cómo el novel profesor puede servir a la vez la familia y sus proyectos. Nuestro catedrático reside en una ciudad de provincias de ambiente sórdido, sin posible clientela y falto, por tanto, de los recursos necesarios para satisfacer a la par las necesidades de la familia y sus queridas investigaciones. ¿Debe privarse de todo en aras de su vocación? ¿Vivirá solitario renunciando al matrimonio? De ninguna manera. Sirva con igual devoción sus ideales y sus instintos. Para su labor científica, entréguese a las investigaciones baratas, que piden poco material y mucho esfuerzo. Y aproveche sus actividades sobrantes en el fomento de aquellas industrias docentes menos alejadas del blanco de sus

amores: la del libro de texto y hasta de vulgarización, la de los análisis periciales y, en fin, la de la enseñanza privada. Con estos ingresos complementarios dará pasto a sus nobles afanes, sin renunciar a legítimas expansiones del hogar. Y espere pacientemente mejores tiempos. Si su labor es realmente meritoria, el premio vendrá a sorprenderle en su rincón. A la excelsa alegría que lleva aparejado el cumplimiento austero del deber, se añadirán también el bienestar material y los halagos de la nombradía.

Contra el parecer de muchos, hemos declarado que el hombre de ciencia debe ser casado y arrostrar valientemente las inquietudes y responsabilidades de la vida de familia. En este punto sólo haremos una restricción: que el sabio tenga muy en cuenta su propia y especial psicología antes de escoger compañera. Y, sobre todo, que evite a todo trance que se elijan los demás.

....

(Reglas y consejos sobre investigación biológica.)

JOSÉ MARTÍ
(CUBANO)

(1853-1895)

CÓMO SE CREA UN PUEBLO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Todo lo olvidó New York en un instante. ¿Muere el Administrador de Correos tanto de enfermedad como de pena, porque su propio partido republicano le quita el empleo que ganó palmo a palmo, desde la cachucha hasta la poltrona, para dárselo a un busca votos de barba larga, que se pasa la vida convidando a cerveza y allegándose a los padres de barrio? ¿Se niega el Ayuntamiento a extender las vías del ferrocarril aéreo, que afean la ciudad, y la tienen llena de humo y susto? ¿Se ha puesto de moda una corbata nacional, con los tres colores del pabellón y con las puntas tiesas a los hombros? ¿Están las calles que no se puede andar por ellas, de tanta viga por tierra y estrado a medio hacer, y el aire azul, blanco y rojo, y de calicó y muselina, porque las banderas del centenario no dejan ver el cielo? ¿Se pagan a diez pesos los asientos para ver pasar la procesión, a ciento cin-

cuenta una ventana, a mil un palco en el teatro del gran baile? ¿Se ha trabajado el Viernes Santo como todos los demás días, sin que la santidad se viera más que en la hermosura primaveral, que se bebe en el aire, y les centellea a las mujeres en los ojos?

Todo lo olvida New York en un instante. Un fuego digno del centenario consume los graneros del Ferrocarril Central. El río, inútil, corre a sus pies. Las bombas vencidas, bufan, echan chispas. Seis manzanas arden, y las llamas negruzcas, carmesíes, amarillas, rojas, se muerden, se abrazan, se alzan en trombas y remolinos dentro de la cáscara de las paredes, como una tempestad en el sol. Por millas cunde la luz, y platea las torres de las iglesias, calca las sombras sobre el pavimento con limpieza de encaje, cae en la fachada de una escuela sobre el letrero que dice: "Niñas." Muda la multitud de cincuenta mil espectadores, ve hervir el mar de fuego con emociones romanas. De la refinería de manteca, con sus millares de barriles en el sótano y sus tanques de vil aceite de algodón, sale el humo negro. Del granero mayor, que tocaba a las nubes, chorrean las llamas, derrúmbase mugiendo el techo roído, cae el asbesto en ascuas, y el hierro en virutas; flamea, entre los cuatro muros, la manzana de fuego. De los muelles salta al río el petróleo encendido, que circunda al vapor que huye seguido por las llamas. El atrevido que se acerca, del brazo de un bombero, no tiene oídos para los comentarios —la imprudencia de permitir semejante foco de peligro en el corazón de la ciudad, la pérdida, que llega a tres millones, la magnificencia del espectáculo, más bello que el el del incendio de Chicago; la majestad del anfiteatro humano, con caras como de marfil, que lo

contempla—; el susurro del pueblo es lo que se oye, un susurro como de vendaval; y el corazón se aprieta con el dolor solemne del hombre ante lo que se destruye. Un monte está en ruinas, ya negras, con grietas centelleantes, de la que sale el humo en rizos. Otro monte en llamas, y se tiende, por sobre la ciudad un humo dorado. A la mañana siguiente contemplaba en silencio el cascajo encendido la muchedumbre tenebrosa que acude siempre a ver lo que perece: mozos fétidos con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalzos, en el gabán del padre; vagabundos de nariz negra, con el sombrero sin ala, y los zapatos sujetos con cordeles. Se abre paso el gerente de una compañía de seguros, con las manos quemadas.

* * *

De trajes vistosos era el río un día después, y masa humana la Quinta Avenida, en el paseo de Domingo de Pascuas. El millonario se deja en calma pisar los talones por el tendero judío: leguas cubre la gente que va toda de estreno, los hombres de corbata lila y clavel rojo, de gabán claro y sombrero que chispea; las mujeres con toda la gloria y pasamanería, vestidas con la chaqueta graciosa del Directorio, de botones como ruedas y adornos de cachemira, cuando no de oro y plata. Perla y verde son los colores en boga, con gorros como de húsar, o sombreros a que sólo las conchas hacen falta, para ir bien con la capa peregrina. A la una se junta con el de las aceras el gentío de seda y flores que cantaba los himnos en las iglesias protestantes, y oía en la catedral la misa de Che-

rubini. Ya es ahogo el paseo, y los coches se llevan a las jóvenes desmayadas. Los vestidos cargados van levantando envidias, saludando a medias a los trajes lisos, ostentando su precio. Sobre los guantes llevan brazaletes, y a la cintura, cadenas de plata, con muchos pomos y dijes. Se ve que va desapareciendo el ojo azul, ¡y que el ojo hebreo invade. Abunda la mujer gruesa. Hay pocas altas.

Pero en la avenida de al lado es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida. ¿Qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del pantalón como para jugar al ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con las solapas como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados por entre la solapa y el chaleco? ¿Qué importa que a sus mujeres les parezca poca toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, o traje violeta y mantón negro y amarillo? Los padres de estos petimetres y maravillosas, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de estas beldades de labios gruesos, de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la cotonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban a la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón. Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo: levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambian su tipo físico con el cambio del alma: da gusto ver cómo saludan a sus viejos, como llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos

de la gloria, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, a quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan a la vez, al aparecer un coche rico, para saludar a uno de sus médicos que pasa.

Y a esa misma hora, en las llanuras desiertas, los colonos ávidos de la tierra india, esperando el medio día del lunes para invadir la nueva Canaán, la morada antigua del pobre Seminole, el país de la leche y de la miel, limpian sus rifles, oran o alborotan, y no se oye en aquella frontera viva, sujeta sólo por la tropa vigilante, más que el grito de saludo del miserable que empieza a ser dueño, del especulador que ve espumas de oro, del pícaro que saca su ganancia del vicio y de la muerte. ¿Quién llegará primero? ¿Quién pondrá la primera estaca en los solares de la calle principal? ¿Quién tomará posesión con los tacones de su bota de los rincones fértiles? Leguas de carros; turbas de jinetes; descargas a cielo abierto; cantos y rogativas; tabernas y casas de poliandria; un ataúd, y detrás una mujer y un niño; por los cuatro confines rodean la tierra libre los colonos; se oye como un alarido: "¡Oklahoma! ¡Oklahoma!"

* * *

Ya campea por fin el blanco invasor en la tierra, que se quedó como sin alma cuando murió en su traje de pelear y con el cuchillo sobre el pecho el que "no tuvo corazón para matar como a oso o como a lobo al blanco que como oso y lobo se le vino encima, con amistad en una mano y una culebra en la otra"; el Osseola del cinturón de cuentas y el gorro de tres plumas, que se los puso por su mano en la hora de

morir, después de pintarse media cara de rojo y de desenvainar el cuchillo. Los Seminoles vendieron la tierra al "Padre Grande" de Wáshington, para que la vinieran otros indios a vivir o negros libres. Ni indios ni negros la vivieron nunca, sino los ganaderos que tendían cercas por ella, como si la tierra fuese suya, y los colonos que la querían para sembrados y habitación, y no "para que engorden con oro puro esos reyes del mundo que tienen amigos en Wáshington." La sangre de las disputas corrió muchas veces donde había corrido antes la de las cacerías: desalojó la tropa federal a los intrusos ganaderos o colonos: al fin proclamó pública la tierra el Presidente y señaló el 22 de abril para su ocupación: ¡ Entren todos a la vez! ¡ El que primero clave la estaca, ése posea el campo! ¡ Ciento sesenta acres por la ley al que primero llegue! Después de diez años de fatiga, los ferrocarriles, los especuladores, los que quieren "crecer con el país", los que han hallado ingrata la tierra de Kansas o Kentucky, los que anhelan echar al fin el ancla en la vida, para no tener que vivir en el carro ambulante, de miseria un día y de limosna otro, se han venido juntando en los alrededores de esta comarca en que muchos habían vivido ya, y levantado a escondidas crías y siembras, donde ya tenía escogida la ambición el mejor sitio para las ciudades, donde no había más huellas de hombre que las cenizas de las cabañas de los pobladores intrusos, los rieles del ferrocarril y la estación roja.

....

(En los Estados Unidos.)

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO
(1856-1912)

LA ESCUELA Y EL MAESTRO

En esta escuela me eduqué primeramente, y, aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, a falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca.

....

Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar, histórico, relativo y condicionado, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*. Allí la visión de lo concreto manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpre-

tes que a cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: don Francisco Javier Lloréns y don Manuel Milá y Fontanals.

Del primero, a quien sólo alcancé en el penúltimo año de su profesorado, tengo escasos recuerdos personales. Su labor pedagógica quedó, como la de Sócrates, archivada, no en libros, sino en espíritus humanos..

Del otro gran maestro que por entonces realzaba ante propios y extraños el crédito de esta Facultad de Letras quisiera hablaros a todo mi sabor, porque no sólo penetré en su intimidad y recogí de sus labios la mejor parte de la doctrina literaria que durante mi vida de profesor y de crítico he tenido ocasión de aplicar y exponer, sino que fuí honrado por él con tales muestras de estimación y cariño, que me dan algún derecho para contarme entre sus discípulos predilectos, si no por razón de mérito, a lo menos por beneficio de la fortuna. Unido con don Manuel Milá no sólo por lazos de filiación espiritual sino por la herencia de sus papeles literarios, reservo para ocasión muy próxima el trazar su biografía con la extensión y copia de datos que la importancia del personaje requiere, y que el gusto moderno, cada vez más exigente y curioso, reclama con razón en las historias de los varones preclaros, si no han de degenerar en insulsos panegíricos..................
....

Tuvo nuestro doctor Milá el privilegio, a raros españoles de nuestro tiempo concedido, de que su nombre traspasase las fronteras y fuese dondequiera respetado como el de un varón docto y mo-

desto, igual a los mejores en el orden de estudios que cultivaba; español europeo, para quien no eran menester salvedades ni eufemismos, que en el elogio de otros rara vez dejan de interpolarse..............

La implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica, a Milá se debe principalmente, y aunque apenas hiciese excursiones fuera del campo de la historia literaria, y en él se concretase a cierta época y a ciertos géneros, su ejemplo pudo y debió ser trascendental a otras ramas de estudios, y no sólo en los cultivadores de la tradición poética, sino hasta en los de la historia jurídica estampó su huella. El rumbo que por fortuna han tomado en España los pocos que estudian de veras el movimiento histórico que aspira a la clara conciencia de nuestro pasado, la serena objetividad con que ya proceden los mejores, los hábitos de probidad científica que empiezan a imponerse a los más díscolos, son prenda de un despertar, lento pero seguro. Y toda gratitud es poca para los hombres como Milá que prepararon con esfuerzo casi solitario esta obra de madurez intelectual, contrastando con su asidua labor pedagógica y con la persuasiva moderación de su estilo el influjo enervante de la retórica estéril y de la erudición inexacta y confusa, que tan sueltas andaban por aquellos años, y tanto nos cuesta hoy mismo reducir a disciplina en el espíritu propio y en los ajenos.

Los méritos de este insigne profesor en el cultivo de las lenguas y literaturas neo-latinas son tan notorios, que parece inútil encarecerlos. Fué Milá nuestro primer provenzalista, o por mejor decir, el único

que España ha producido después del canónigo Bastero, auténtico precursor de Raynouard...............

....

Más conocidos fuera de Cataluña, y todavía más eminentes, son los méritos de Milá como cultivador de la novísima ciencia de las tradiciones populares, que con frase inglesa generalmente aceptada llamamos *folklore*. Fueron Milá y el gran poeta portugués Almeida Garret los primeros que en la península publicaron colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza...................................

....

De esta poesía heroico-popular que renovó en los tiempos medios algunos de los caracteres de la epopeya homérica, fué Milá conocedor profundo, y el más preparado para serlo por la ingenuidad patriarcal y robusta de su carácter, por el raro y hondo sentimiento que tenía de todas las cosas sencillas y rudas. Hasta físicamente parecía, en sus últimos años, un venerable viejo de "cantar de gesta", un *aedo* redivivo, que con su prócer estatura dominaba a las muchedumbres, y de cuyos labios, impregnados de bondad y sabiduría, parecía próximo a desatarse siempre el raudal del canto y de las sentencias de oro provechosas para la vida humana.

....

De las obras de Milá, aun siendo estrictamente científicas, pueden sacarse grandes enseñanzas de

amor y estimación mutua. En esto como en todo, prosigue haciendo bien después de muerto. No se puede conocer sus libros sin amar a la tierra catalana que tal varón produjo. Y a dar testimonio de ello he venido yo, el último de sus discípulos, aunque el primero en su confianza, castellano de la más vieja Castilla, de la Montaña de Santander, como ahora decimos; de la Montaña de Burgos, como decían nuestros antepasados, hijo de la áspera sierra que guarda en sus humildes peñascales la cuna del histórico río que a toda la Península da nombre, y que después de saludar los férreos lindes de la Vasconia y besar el muro triunfal y sagrado de Zaragoza, viene a rendir tributo a vuestro mar en la ribera tortosina, simbolizando en su majestuoso curso la unidad suprema y la diversidad fecunda de la historia patria.

(*Semblanza literaria del doctor don Manuel Milá y Fontanáls*, mayo de 1908.)

JUAN MARAGALL

(1860-1911)

ELOGIO DE LA PALABRA

Dice Raymond Llull que todo cuanto se puede sentir por los cinco sentidos corporales, todo es maravilla; pero que como el hombre siente a menudo las cosas corporalmente, por eso no se maravilla; y que lo mismo sucede con las cosas espirituales que el hombre puede entender.

Así, pues, yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.

Parece que la tierra use de todas sus fuerzas en llegar a producir al hombre como al más alto sentido de sí misma; y que el hombre use toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

Veis al hombre en su silencio y os parece nada más que un ser animal más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, muévense sus labios, vibra el aire en una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa inmaterial desveladora del espíritu: la idea.

¡Cómo! Oís el rumor del viento, y el ruido del agua, y el fragor del trueno, que dejan en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento; y bastará con que un niño muy pequeño, que apenas se hace oír, diga suavemente: ¡Madre! para que, ¡oh maravilla! todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas. Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo, y suscita en vosotros un fuerte presentimiento de lo infinito desconocido.

¡Cosa sagrada! Dice San Juan que en el principio era la palabra y que la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios; y que por ella fueron hechas todas las cosas; y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz!

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos, pues, hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por esto solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia; porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión: entonces sí que el espíritu en su plenitud se estremece, y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión

maravillosa. ¿No veis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros, cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.

¿No habéis oído cómo hablan los enamorados? Parecen encantados, y que no saben lo que se dicen. Rómpeseles la voz entre la luz de las miradas, por la demasiada plenitud del corazón. Y así sus palabras son como flores. Porque antes, cuando el amor no habla: ¡qué hervor de vida en todas las ramas del sentido!, ¡qué querer decir los ojos!, y mientras se cruzan ardientes las miradas, ¡qué silencio! ¿No habéis entrado alguna vez en un bosque muy grande, sobrecogidos por aquella quietud llena de vida que parece una adoración de toda la tierra? Así adoran las almas de los enamorados en el brillo silencioso de las miradas. Y brota por fin una música animada, una maravilla, una palabra. ¿Cuál? Cualquiera. Pero cualquiera que sea, como viene con toda el alma del terrible silencio que la engendró, si probáis de sondearla, nunca llegaréis al fondo, y retrocederéis espantados del infinito que lleva en sus entrañas.

Así hablan también los poetas. Porque ellos son como enamorados de todo lo del mundo, y también miran y se estremecen mucho antes de hablar. Míranlo todo y se encantan, y después cierran los ojos y hablan en la fiebre: entonces dicen alguna palabra creadora, y semejantes a Dios en el primer día, de su caos brota la luz. Por esto la palabra del poeta brota con ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza: éste es el hechizo del verso, único lenguaje verdadero del hombre.

....

(*Elogios.*)

MIGUEL DE UNAMUNO
(1864)

¡PLENITUD DE PLENITUDES, Y TODO PLENITUD!

....

Y aquí vuelven los razonadores, instigados por el Espíritu de Disolución, y dicen: "Las posiciones absolutas se confunden todas; lo mismo es decir que todo es libre como decir que no lo es nada; lo mismo da afirmar que todo es Dios como que no le hay; lo mismo da decir que todo es bueno como que todo es malo; que todo es objetivo como que todo es subjetivo, y todo por el estilo. El que asegure que este mundo es el peor de todos los posibles y al que sostenga que es el mejor de ellos, puede decírseles igualmente que siendo el único posible, por ser el único que hay, es a la vez el mejor y el peor de todos los posibles. Todo es espíritu equivale a decir que todo es materia. No hay más sutil manera de negar el milagro y el misterio que afirmar que todo cuanto sucede es milagroso, y es misterioso todo cuanto existe. Son juegos de palabras, y nada más, como si preguntáramos qué

sucedería del Universo si se volviese todo él de arriba abajo. Si nos imaginamos no más que dos puntos en el espacio y se acercan, no tiene sentido alguno el querer averiguar si uno de ellos está quieto y otro se mueve hacia él, y cuál es inmóvil, y cuál es móvil, o si los dos se mueven el uno hacia el otro; en el fondo es inconcebible lo de los dos solos puntos. Y así con todo lo absoluto. Lo mismo da, pues, decir vanidad de vanidades y todo vanidad, y que nada hay nuevo bajo el sol, como decir plenitud de plenitudes y todo plenitud, y que es todo nuevo bajo el sol."

Así sería, en efecto, si las palabras no expresaran más que razones y si fuese verdad que la proposición verbal no es más que la manifestación oral de un juicio. Pero aunque intelectualmente veamos lo mismo el mundo los que dicen que nada hay en él de nuevo y los que decimos que todo es nuevo en él, lo sentimos de muy distinta manera. Si me pongo a disertar acerca de los conceptos de sustancia y de accidente, y de número y fenómeno, y de existencia y apariencia, con uno de los de vanidad de vanidades, llegaremos a ponernos racionalmente de acuerdo; y, sin embargo, yo sentiré la sustancialidad de mi existencia y él la accidentalidad de su apariencia. Llegaremos a hablar el mismo lenguaje, porque éste no es suyo ni mío; nos entenderemos, pero no comulgaremos en un mismo sentimiento. Puedes darme el tono y la intensidad con que en ti vibra el mundo, la nota que en tu corazón resuena; pero no puedes darme el timbre con que los recibes, que es tu propio timbre. Y si me lo transmites, es por emoción estética, es por obra de arte.

Si un hombre estuviese constantemente rodeado por un fanal rojo y otro por un fanal azul, y pudiesen comunicarse, es claro que se pondrían de acuerdo respecto a los colores de las cosas, y los dos llamarían a cada color con el mismo nombre, pues todos se les trasformarían en coordinación, y acaso creyeran que veían el mundo lo mismo. Sus respectivas posiciones respecto a la visión de los colores, por ser ambas absolutas, borraban toda diferencia. Pero los colores no son sólo elementos de la visión, sino que la luz de cada uno de ellos influye químicamente, y de distinto modo cada una, en el organismo, siendo el rojo el color más dinamogénico o que excita el organismo, y deprimiéndolo el azul. Y así, aunque los dos hombres del supuesto coincidieran en su modo de explicarse el mundo, su energía vital resultaría modificada de muy distinto modo. La sentencia del "vanidad de vanidades y todo vanidad" es sentencia azul, y la de "plenitud de plenitudes y todo plenitud" lo es roja.

El poeta es el que nos da todo un mundo personalizado, el mundo entero hecho hombre, el verbo hecho mundo; el filósofo sólo nos da algo de esto en cuanto tenga de poeta, pues fuera de ello no discurre él, sino que discurren en él sus razones o, mejor, sus palabras...

....

(*Ensayos*, V.)

ANGEL GANIVET

(1865-1898)

IDEARIUM ESPAÑOL

(FRAGMENTOS)

Muchas veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional; que acaso ese dogma era el símbolo ¡símbolo admirable! de nuestra propia vida, en la que, tras larga y penosa labor de maternidad, venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen; como una mujer que, atraída por irresistible vocación a la vida monástica y ascética, y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días a descubrir que su espíritu era ajeno a su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística a los ideales de la virginidad.

Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religio-

so más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Séneca no es un español hijo de España por azar, es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aún no habían vendido a España los vándalos; que a nacer más tarde, en la Edad Media, quizás no naciera en Andalucía sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cúales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo erguido y firme, que al menos pueda decir siempre de ti que eres un hombre.

Esto es español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya; sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje sudario queda adherido para siempre, y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación.

Cuando yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado como quien, perdida la vista o el oído, los recobrara repentina e inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles.

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España, en el arte y en la ciencia vulgar, en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influído en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates o Galeno. España sola sobrepuja a todas las demás naciones juntas por el número y excelencias de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto, y el supremo doctor español es el doctor Sangredo, no obstante haber existido también su rival y famoso congénere el doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Y jamás en la historia de la humanidad se dió un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando a muchos a la fosa, es cierto, pero purgando a los demás de sus excesos sanguíneos a fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma. Y quién sabe si el descu-

brimiento de la circulación de la sangre por Servet, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado a la ciencia práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos.

. . . .

JOSÉ ENRIQUE RODÓ
(URUGUAYO)
(1872-1917)

FRAGMENTOS DEL *ARIEL*

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria.—Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo.—Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos formaban corros los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios;

platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al medio día para recoger las migajas de su mesa, y con el alba los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol.—Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso: vientos, aves y plantas parecían buscar —como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís— la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisiera ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada

vulgar —como la "perdida iglesia" de Uhland en lo esquivo del bosque—, al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicioso exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de los labios de los hombres lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un sitio tibio, en la calma de un ambiente celeste.—Nunca reinó tan honda paz ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. —Alguna vez —cuando la noche era diáfana y tranquila—, abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en el puertas de marfil en la actitud del silenciario. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo...—Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y hués-

pedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad el rey legendario, en él sus miradas se volvían a lo interior, y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre, para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión.— Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio,* que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que

oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. —La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto.

....

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)
(1876)

UNA CIUDAD Y UN BALCÓN

No me podrán quitar el dolorido sentir...

GARCILASO.

Entremos en la catedral: flamante, blanca, acabada de hacer está. En un ángulo, junto a la capilla en que se venera la Virgen de la Quinta Angustia, se halla la puertecilla del campanario. Subamos a la torre; desde lo alto se divisa la ciudad toda y la campiña. Tenemos un maravilloso, mágico catalejo: descubrimos con él hasta los detalles más diminutos. Dirijámoslo hacia la lejanía: allá, por los confines del horizonte, sobre unos lomazos redondos, ha aparecido una manchita negra; se remueve, levanta una tenue polvareda, avanza. Un tropel de escuderos, lacayos y pajes es, que acompaña a un noble señor. El caballero marcha en el centro de su servidumbre; ondean al viento las plumas multicolores de su sombrero; brilla el puño de la espada; fulge sobre su pecho una firmeza de oro. Vienen todos a la ciudad; bajan ahora de las colinas y entran en la vega. Cruza la vega un río: sus

aguas son rojizas y lentas; ya sesga en suaves meandros; ya se embarranca en hondas hoces. Crecen los árboles tupidos en el llano. La arboleda se ensancha y asciende por las alturas inmediatas. Una ancha vereda —parda entre la verdura— parte de la ciudad y sube por la empinada montaña de allá lejos. Esa vereda lleva los rebaños del pueblo, cuando declina el otoño, hacia las cálidas tierras de Extremadura. Ahora las mesetas vecinas, la llanada de la vega, los alcores que bordean el río, están llenos de blancos carneros que sobre las praderías forman como grandes copos de nieve.

De la lana y el cuero vive la diminuta ciudad. En las márgenes del río hay un obraje de paños y unas tenerías. A la salida del pueblo —por la Puerta Vieja— se desciende hasta el río; en esa cuesta están las tenerías. Entre las tenerías se ve una casita medio caída, medio arruinada; vive en ese chamizo una buena vieja —llamada Celestina—, que todas las mañanas sale con un jarrillo desbocado y lo trae lleno de vino para la comida, y que luego va de casa en casa, en la ciudad, llevando agujas, gorgueras, garvines, ceñideros y otras brujerías para las mozas. En el pueblo los oficiales de mano se agrupan en distintas callejuelas; aquí están los tundidores, perchadores, cargadores, arcadores, perailes; allá, en la otra, los correcheros, guarnicioneros, boteros, chicarreros. Desde que quiebra el alba, la ciudad entra en animación; cantan los perailes los viejos romances de Blancaflor y del Cid —como cantan los cardadores de Segovia en la novela *El Donado hablador*—; tunden los paños los tundidores; córtanle con sutiles tijeras el pelo los

perchadores; cardan la blanca lana los cardadores; los chicarreros trazan y cosen zapatillas y chapines; embrean y trabajan las botas y cueros en que se ha de encerrar el vino y el aceite los boteros. Ya se han despertado las monjas de la pequeña monjía que hay en el pueblo; ya tocan las campanitas cristalinas. Luego, cuando avance el día, estas monjas saldrán de su convento, devanearán por la ciudad, entrarán y saldrán en las casas de los hidalgos, pasarán y tornarán a pasar por las calles. Todos los oficiales trabajan en las puertas y en los zaguanes. Cuelga de la puerta de esta tiendecilla la imagen de un cordero; de la otra, una olla; de la de más allá, una estrella. Cada mercader tiene su distintivo. Las tiendas son pequeñas, angostas, lóbregas.

A los cantos de los perailes se mezclan en estas horas de la mañana las salmodias de un ciego rezador. Conocido es en la ciudad; la oración del Justo Juez, la de San Gregorio y otras muchas va diciendo por las casas con voz sonora y lastimera; secretos sabe para toda clase de dolores y trances mortales; un muchachuelo le conduce; la malicia y la inteligencia brillan en los ojos del mozuelo. En las tiendecillas se ven las caras finas de los judíos. Pasan por las calles los frailes con sus estameñas blancas o pardas. La campana de la catedral lanza sus largas campanadas. Allá, en la orilla del río, unas mujeres lavan y carmenan la lana.

(Se ha descubierto un nuevo mundo; sus tierras son inmensas: hay en él bosques formidables, ríos anchurosos, montañas de oro, hombres extraños, desnudos y adornados con plumas. Se multiplican en las ciudades de Europa las imprentas; corren y

se difunden millares de libros. La antigüedad clásica ha renacido; Platón y Virgilio han vuelto al mundo. Florece el tronco de la vieja humanidad.)

En la plaza de la ciudad se levanta un caserón de piedra; cuatro grandes balcones se abren en la fachada. Sobre la puerta resalta un recio blasón. En el primer balcón de la izquierda se ve sentado en un sillón un hombre; su cara está pálida, exangüe, y remata en una barbita afilada y gris. Los ojos de este caballero están velados por una profunda tristeza; el codo lo tiene el caballero puesto en el brazo del sillón, y su cabeza descansa en la palma de la mano...

Le sucede algo al catalejo con que estábamos observando la ciudad y la campiña. No se divisa nada; indudablemente se ha empañado el cristal. Limpiémoslo. Ya está claro; tornemos a mirar. Los bosques que rodeaban la ciudad han desaparecido. Allá por aquellas lomas redondas que se recortan en el cielo azul, en los confines del horizonte, ha aparecido una manchita negra; se remueve, avanza, levanta una nubecilla de polvo. Un coche enorme, pesado, ruidoso, es; todos los días, a esta hora, surge en aquellas colinas, desciende por las suaves laderas, cruza la vega y entra en la ciudad. Donde había un tupido boscaje, aquí en la llana vega, hay ahora trigales de regadío, huertos, herreñales, cuadros y emparrados de hortalizas; en las caceras, azarbes y landronas que cruzan la llanada, brilla el agua que se reparte por toda la vega desde las represas del río. El río sigue su curso manso como antaño. Ha desaparecido el obraje de paños que había en sus

orillas; quedan las aceñas que van moliendo las maquilas como en los días pasados. En la cuesta que asciende hasta la ciudad no restan más que una o dos tenerías; la mayor parte del año están cerradas. No encontramos ni rastro de aquella casilla medio derrumbada en que vivía una vieja que todas las mañanas salía a por vino con un jarrico y que iba de casa en casa llevando chucherías para vender.

En la ciudad no cantan los perailes. De los oficios viejos del cuero y de lana, casi todos han desaparecido; es que ya por la ancha y parda vereda que cruza la vega no se ve la muchedumbre de ganados que antaño, al declinar el otoño, pasaban a Extremadura. No quedan más que algunos boteros en sus zaguanes lóbregos; en las callejas altas algún viejo telar va marchando todavía con su són rítmico. La ciudad está silenciosa; de tarde en tarde pasa un viejo rezador que salmodía la oración del Justo Juez. Los caserones están cerrados. Sobre las tapias de un jardín surgen las cimas agudas, rígidas, de dos cipreses. Las campanas de la catedral lanzan —como hace tres siglos— sus campanadas, lentas, solemnes, clamorosas.

(Una tremenda revolución ha llenado de espanto al mundo; millares de hombres han sido guillotinados; han subido al cadalso un rey y una reina. Los ciudadanos se reúnen en Parlamentos. Han sido botados y promulgados unos códigos en que se proclama que todos los humanos son libres e iguales. Vuelan por todo el planeta muchedumbre de libros, folletos y periódicos.)

En el primero de los balcones de la izquierda, en la casa que hay en la plaza, se divisa un hombre. Vis-

te una casaca sencillamente bordada. Su cara es redonda y está afeitada pulcramente. El caballero se halla sentado en un sillón; tiene el codo puesto en uno de los brazos del asiento y su cabeza reposa en la palma de la mano. Los ojos del caballero están velados por una profunda, indefinible tristeza.

Otra vez se ha empañado el cristal de nuestro catalejo; nada se ve. Limpiémoslo. Ya está; enfoquémoslo hacia la ciudad y el campo. Allá en los confines del horizonte, aquellas lomas que destacan sobre el cielo diáfano han sido como cortadas con un cuchillo. Los rasga una honda y recta hendidura; por esa hendidura, sobre el suelo, se ven dos largas y brillantes barras de hierro que cruzan una junto a otra, paralelas, toda la campiña. De pronto aparece en el costado de las lomas una manchita negra: se mueve, adelanta rápidamente, va dejando en el cielo un largo manchón de humo. Ya avanza por la vega. Ahora vemos un extraño carro de hierro con una chimenea que arroja una espesa humareda, y detrás de él una hilera de cajones negros con ventanitas; por las ventanitas se divisan muchas caras de hombres y mujeres. Todas las mañanas surge en la lejanía este negro carro con sus negros cajones, despide penachos de humo, lanza agudos silbidos, corre vertiginosamente y se mete en uno de los arrabales de la ciudad.

El río se desliza manso, con sus aguas rojizas; junto a él —donde antaño estaban los molinos y el obraje de paños— se levantan dos grandes edificios; tienen una elevadísima y sutil chimenea; continuamente están llenando de humo denso el cielo de la

vega. Muchas de las callejas del pueblo han sido ensanchadas; muchas de aquellas callejitas que serpenteaban en entrantes y salientes —con sus tiendecillas— son ahora amplias y rectas calles, donde el sol calcina las viviendas en verano y el vendaval frío levanta cegadoras tolvaneras en invierno. En las afueras del pueblo, cerca de la Puerta Vieja, se ve un edificio redondo, con extensas graderías llenas de asientos, y un círculo rodeado de un vallar de madera en medio. A la otra parte de la ciudad se divisa otra enorme edificación, con innumerables ventanitas: por la mañana, a medio día, por la noche, parten de ese edificio agudos, largos, ondulantes sones de cornetas. Centenares de lucecitas iluminan la ciudad durante la noche: se encienden y se apagan ellas solas.

(Todo el planeta está cubierto de una red de vías férreas; caminan veloces por ellas los trenes; otros vehículos —también movidos por sí mismos— corren vertiginosos por campos, ciudades y montañas. De nación a nación se puede transmitir la voz humana. Por los aires, etéreamente, de continente a continente van los pensamientos del hombre. En extraños aparatos se remonta el hombre por los cielos; a los senos de los mares desciende en unas raras naves y por allí marcha; de las procelas marinas, antes espantables, se ríe ahora subido en gigantescos barcos.—Los obreros de todo el mundo se tienden las manos por encima de las fronteras.)

En el primer balcón de la izquierda, allá en la casa de piedra que está en la plaza, hay un hombre sentado. Parece abstraído en una profunda meditación. Tiene un fino bigote de puntas levantadas. Es-

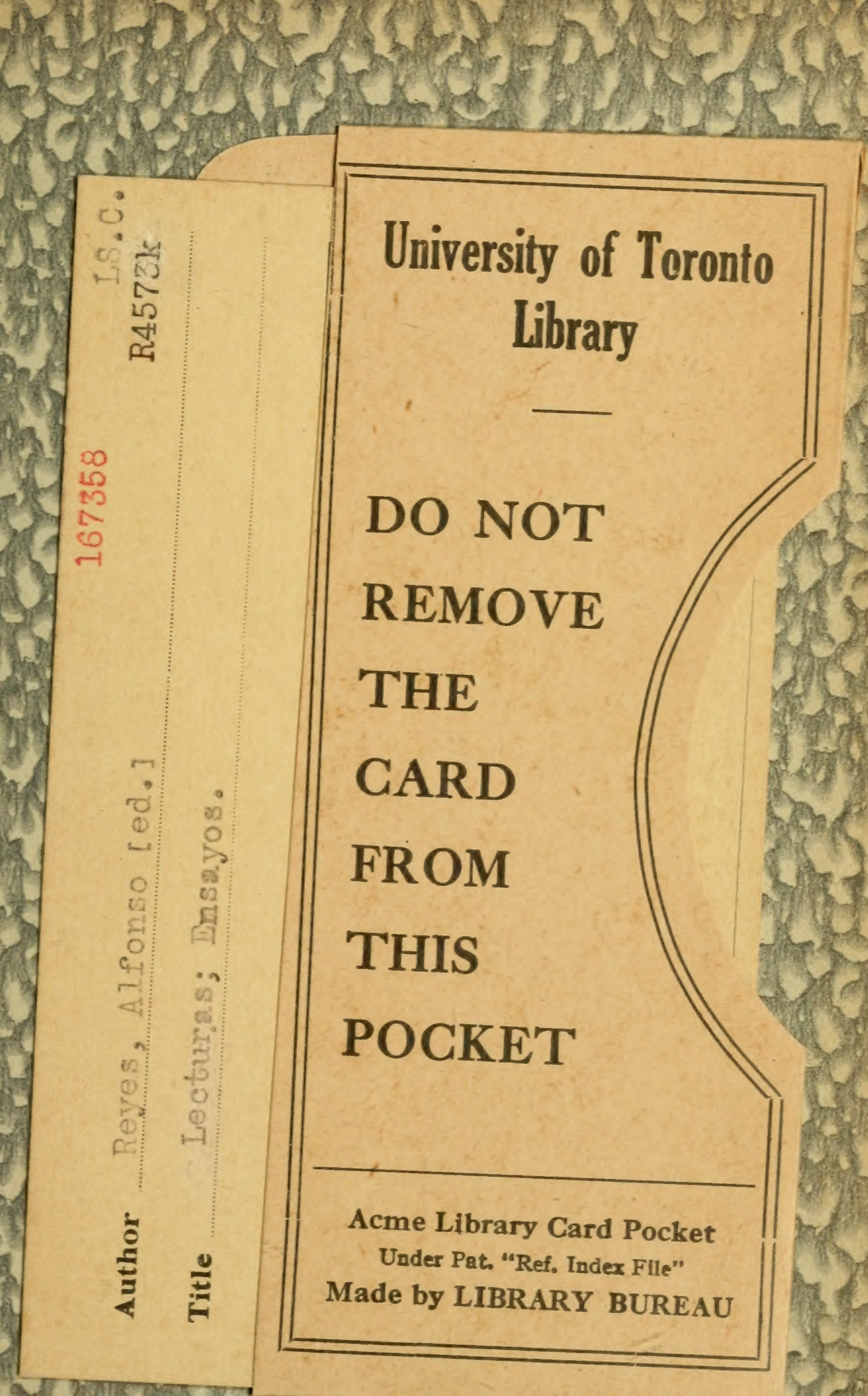
tá el caballero sentado, con el codo puesto en uno de los brazos del sillón y la cara apoyada en la mano. Una honda tristeza empaña sus ojos...

¡Eternidad, insondable eternidad del dolor! Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más fecundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano. *No le podrán quitar el dolorido sentir.*

ÍNDICE

PÁGS.




LS.C.
R4573k
167358
Author Reyes, Alfonso [ed.]
Title Lecturas; Ensayos.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

